

## Contenido

```
PRIMERA DEDICATORIA
SEGUNDA DEDICATORIA
AL LECTOR

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
```

# BRAVUCONADAS Y JURAMENTOS DE LOS ESPAÑOLES

#### PRIMERA DEDICATORIA

A la reina Margarita de Valois, Duquesa de Valois, mi muy soberana señora.

#### Señora:

He aquí el libro de "rodomontadas y agudezas españolas" que os prometí hace tiempo, y más recientemente cuando tuve el honor de presentaros mis respetos en Usson.

No me he entretenido en traducirlos al español, tanto por seguir vuestro encargo como porque vos habláis y entendéis el idioma tan bien como vuestra hermana, la difunta reina de España; pues vuestro gentil espíritu comprende todo y nada ignora, como he vuelto a comprobar hace poco.

Aunque superflua para vos, una pequeña traducción habría resultado de gran placer y comodidad para otros, novicios en dicha lengua; pues aunque creen hablarla y entenderla bien, se verían en apuros para leerla. Pero no he escrito el libro para ellos, sino para vos.

Tened a bien, Señora, hacéroslo leer, para que vuestros ojos no tengan que volverse a cosa tan baja; así disfrutareis algo de él, según creo, con su mezcla de asuntos serios y divertidos. También os ruego, Señora, que no comuniquéis ni descubráis a nadie estos relatos; no deseo complacer a otro que a vos, y si os agradan me sentiré muy feliz. Pero si encontráis censurable el libro, espero de vuestra generosa bondad que cubriréis mis faltas y ocultareis mi imperfección, considerando que si me puse a escribirlo fue pensando en complaceros.

Y si obtuvierais de él algún placer, me daríais el orgullo y la audacia de presentaros los demás, cuyos comienzos os he dado a conocer. Son obras enteras, de las cuales ésta es una muestra, no habiendo volcado en ella tanto material que no haya dejado una buena reserva de él para otros libros, no solo referentes a los

españoles, sino también a los bravos franceses, vuestros súbditos, que siempre han superado a las demás naciones del mundo en proezas y rasgos de ingenio.

Os ruego pues, señora, acojáis este libro que os ofrezco con toda mi alma, no pudiendo ofreceros más, pues, como dice el español, "reciba Vuestra Majestad lo que yo ofrezco, que es lo poco que puedo por lo mucho que deseo, y le place dar tal lustre que, cubierto del nombre y bondad de Vuestra Majestad, salga sin vergüenza a sus pies".

Con ello, Señora, os beso muy humildemente las manos y os ruego me tengáis siempre por vuestro obediente súbditos y afectísimo servidor.

BOURDEILLE

### SEGUNDA DEDICATORIA

A MI SEÑORA MARGARITA DE FRANCIA, ÚNICA HIJA Y HERMANA EN VIDA DE NUESTROS DIFUNTOS REYES ÚLTIMOS, AHORA REINA DE FRANCIA Y DE NAVARRA, LA MÁS BELLA, NOBLE, FRANDE, GENEROSA, MAGNÁNIMA Y CUMPLIDA PRINCESA DEL MUNDO.

#### Señora:

Cuando, con vuestro permiso, tuve el honor de hablar con Vuestra majestad privadamente como gentilhombre de la corte, rebajando así vuestra grandeza merced a vuestra generosa bondad, encontré en vos una gran afición y deseo de aprender siempre cosas nuevas, por más que seáis la princesa y dama más cumplida en toda virtud y ciencia. iCómo no admirar un alma tan bella, cuya total perfección depende del cielo y que sin embargo se interesa en todo!

Lo digo, Señora, porque noté un día que teníais curiosidad por las "fanfarronadas españolas", en las que os complacíais tanto que desde entonces me propuse escribir esta obra, en la que encontrareis no solo gracias de los españoles, sino también de vuestros nobles franceses y otros.

Os la dedico, Señora, y la pongo a vuestros pies, por no ser digna de que la toquen vuestras bellas y regias manos; pues ¿qué obra sería tan perfecta que pudierais tocarla, si no viene de vos misma, que sois perfecta? Con todo, Señora, confiando en vuestra curiosidad, espero que tal vez pongáis en ella, de pasada, vuestros bellos ojos. Y así os la dedico rogándoos, Señora, permitáis que vuestro sagrado y divino nombre le dé valor y fuerza; que con tal respaldo, por mínimo que lo otorguéis, bien podrá gloriarse el libro mejor que todas las bravuconadas en él contenidas.

No he puesto en su lengua ninguna fanfarronada extranjera a no ser las españolas, porque su idioma es el más bravucón y refleja mejor su soberbia. Por eso el emperador Carlos V lo consideraba muy bravo, soberbio y militar, así como tenía el italiano por cortesano y amoroso y reservaba el francés para los reyes, príncipes y grandes.

Por lo demás, señora, si en algún perdido rato de ocio tenéis ánimo de leer unas páginas y encontráis en ellas algunas faltas, excusad, os lo ruego, mi escaso avance en el arte de bien escribir y hablar; porque desde que comencé a ver el mundo me aficioné a los viajes, a servir a los reyes mis señores en su ejército, a seguirlos y practicar en sus cortes y a pasar mi tiempo en otros ejercicios.

Así me sentiría disculpado, Señora, aunque no encontréis en el libro un bello orden o una elocuente disposición de palabras. Eso lo dejo para los mejor instruidos, que han podido imitaros en vuestro buen decir. Pero os afirmaría, Señora, que en mis escritos reina la verdad: con certeza, de lo que he presenciado; y de lo que me han contado, también, a menos que me hayan mentido sin poder yo saberlo. No obstante, tomo muchas cosas de personajes y de libros muy verídicos y dignos de fe.

Así, me presento a vos, con los votos de quedar para siempre muy humilde, obediente y afectísimo servidor de Vuestra Majestad.

BOURDEILLE

## AL LECTOR

He escrito este libro hallándome postrado en el lecho, atacado por una enfermedad tan cruel enemiga que me ha causado más daño, dolores y tormentos que los que recibe un pobre criminal en el potro.

iAh!, fue un caballo nefasto, cuyo pelo blanco nada bueno me presagiaba, el que, tirado sobre mí contra el suelo, en una mala caída, me rompió y destrozó los riñones. De modo que durante tres años y medio he vivido lisiado y baldado, al punto de no poder sostenerme, moverme, ir y venir, sin los más grandes dolores, hasta el día en que encontré a una gran persona y médico, llamado Señor Saint Cristophe, traído por Dios para mi bien y curación, el cual hizo que me repusiera un poco, después que otros médicos hubieran fracasado.

Durante esta enfermedad, y para aliviarla, me propuse echar mano a la pluma, y compuse esta obra pasando revista a mi vida y a lo que había visto y conocido. Imitaba al labrador cuando canta para aligerar su tarea, o al viajero que conversa consigo mismo para hacer llevadero el camino.

Ruego a cuantos me lean sepan encontrar para mis faltas excusa en mi enfermedad, que ha vuelto mi espíritu tan imbécil como mi cuerpo, aunque siempre lo haya tenido de tal condición Las fanfarronadas españolas superan a las de cualquier otra nación, tanto que debe reconocerse que la nación española es brava, fanfarrona y valerosa, y de genio vivo y hábil para improvisar frases con ingenio.

Empezare hablando del gran marqués de Pescara cuando, tras expulsar a los franceses de Milán, forzó y tomó audazmente la ciudad de Génova, partidaria de los franceses. Para qué contar las riquezas que allí se encontraron y con cuántas cargó el ejército español: tantas que, al salir al campo unos días después, iba tan colmado y trabado por los bagajes, las filas de carros, mulos, mulas y caballos, que el marqués no tuvo más remedio que dictar un bando a fin de eliminar tales trabas, bagajes, carruajes e impedimenta, como los llama Cesar. Ordenó, pues, que los capitanes de cada compañía llevaran sólo cuatro caballos cada uno, y dos el abanderado, y ninguno los soldados rasos, bien entendido que los enfermos sí podrían ser portados a caballo, previa visita de los médicos para comprobar su enfermedad, y llevando siempre consigo una patente firmada por el capitán y el médico.

Publicado el bando, un capitán llamado Vega, granadino, "con arrogancia y gesto y palabras desbaratadas de enojo, en un corrillo de soldados, comenzó, razonando en público y braveando, que si hallaba hombres semejantes a sí en animo y juicio, que trabajaría de modo que los soldados no tuviesen necesidad de aquella patente, los cuales siendo debilitados por la sangre derramada en tantas batallas y victorias, merecían, por la honra de su valor, no solamente ser llevados a caballo, mas en carros triunfales a manera de los antiguos cónsules y emperadores romanos en sus glorias y triunfos". iVed qué brava soberbia!

Estaba yo un día en el Louvre, cuando entraron dos soldados de excelente traza y modales. Enseguida me di cuenta que eran españoles, y como siempre fui aficionado a frecuentarlos, ya que me

parece no encontrar entre los hombres de guerra mejor conversación que la del militar español, siempre ufano en discurrir sobre su arte, los abordé y me puse a razonar con ellos en su lengua, pues me es tan familiar como la mía y a ellos les alegra mucho que un extranjero les hable en ella. Les pregunté de dónde venían y me respondieron: "De Flandes señor". "¿Y qué nuevas hay?", les repliqué. "No otras, señor, -me dijeron-, sino que cuando partimos hace ya seis días, vinieron al príncipe de Parma mil doscientos hombres de armas de las viejas compañías de Nápoles, las más bravas de valor y de caballos que salieron jamás del reino, tan bien armados, tan lucidos de oro y de plata, tan bien ataviados y emplumados de grandes y gentiles penachos, a manera de los antiguos soldados y legionarios romanos, a los cuales se pueden igualar en todo: de modo que ahora Flandes no tiene que temer, pues esta brava caballería está añadida con nuestra infantería española, que se puede decir la flor de todas las otras naciones, sin gastar (digo yo) la honra de los soldados franceses, que en verdad esforzados son. Mas donde están los soldados españoles, todos con razón deben callar, como Vuestra Majestad lo puede bien saber, y porque les habléis hablado y tratado, como yo los conozco con su traje y hablar soldadesco".

iConsiderad, si os place, con quiénes fueron a equipararse! De seguro que entre las bellas antigüedades de Roma ninguna hay tan hermosa como las imágenes de aquellos valerosos legionarios romanos con sus cimeras cubiertas de plumas, unas alzadas, otras inclinadas. Y si la imagen agrada, no espanta menos, por la representación de las horribles cabezas y grandes fauces de leones y otras bestias tremendas que ellos portaban al natural, con sus pieles, o las hacían grabar en sus cascos y cubrecabezas.

Por las palabras de este soldado y por el alarde anterior, vemos cómo los soldados españoles se han atribuido siempre la gloria de ser los mejores entre todas las naciones. Y, por cierto, no les falta base para tal opinión y confianza, porque a sus palabras les han acompañado los hechos.

Pues son ellos quienes en los últimos cien o ciento veinte años han conquistado, por su valor y virtud, las Indias Occidentales y Orientales, que forman todo un mundo.

Ellos son los que tantas veces nos han combatido, batido y rebatido en el reino de Nápoles, expulsándonos finalmente de allí.

Y otro tanto han hecho en Milán, cuya ocupación tanta sangre y recursos nos había costado, y nos han frustrado arrebatándonos nuestro antiguo patrimonio.

Y no contentos con los bienes que nos quitaron, pasaron a Flandes y vinieron a Francia para intentar expulsarnos de nuestros hogares; y si bien no lo lograron, nos han causado grandes males, nos han tomado ciudades y ganado batallas y han hecho perecer a no sé cuantos cientos de miles de los nuestros, aunque nosotros también hemos hecho morir a muchos de los suyos.

Ellos son quienes han triunfado sobre los alemanes, y les han puesto el yugo en la guerra de Alemania, cosa no oída, ni vista ni realizada desde el gran Julio Cesar u otros grandes emperadores romanos.

Ellos son los que, siguiendo la divisa de su gran emperador Carlos, de avanzar más allá, han cruzado el mar y caído sobre África y tomado su principal ciudad y fortaleza, Túnez y La Goleta.

Ellos son los que han pasado a Berbería y tomado el reino de Orán, las ciudades de África y de Trípoli, Vélez y su peñón. Y más hubieran logrado sin el bárbaro elemento del mar y del cielo, no más suave ni piadoso uno que el otro, que les detuvo con su emperador, privándoles de la ocasión de conquistar el reino de Argel, el cual habrían ganado sin la menor duda, si aquellos elementos hubieran querido favorecer, por poco que fuese, tal empresa.

Son ellos quienes, con unos puñados de tropas instaladas en las ciudadelas, roques y castillos, mantienen bajo rienda e imponen la ley a los potentados de Italia y a los estados de Flandes, Mórea y otros países infieles, y hasta en Transilvania con el valiente Castaldo, y en Hungría y Bohemia.

Son ellos los que hacían sentirse invencibles al emperador Carlos cuando, en lo más apurado de sus negocios y batallas, se veía en medio de no más de cuatro o cinco mil españoles, sobre cuyo valor arriesgaba su persona y su imperio y todos sus bienes, decía a

menudo que "la suma de las guerras era puesta en las mechas encendidas de sus arcabuceros españoles".

Pues, por cierto, en este tiempo ellos se han llevado la palma en el uso del arcabuz, cuyo arte y primeras lecciones nos han enseñado a los franceses, ya que antes sólo usábamos ballestas y nos faltaba el ingenio de apropiarnos y acomodarnos los arcabuces.

Ellos son los que, en nuestro tiempo y ante nuestros ojos, han devuelto con prontitud a su señor natural todo el Flandes en rebeldía, bajo el mando del gran duque de Alba, a quien llamaban su padre.

En esta misma guerra de Zelanda, ellos, en número de mil a mil doscientos, atravesando un brazo de mar de un cuarto de lengua de ancho en marea baja, sin otras armas que las espadas, portadas entre los dientes, atacaron a cuatro o cinco mil zelandeses de las milicias comunales, que les esperaban en la otra orilla, y los destrozaron. iMilagro grande, en verdad!

Ellos fueron quienes valieron a don Juan de Austria para ganar la grande y señalada batalla de Lepanto, y siguen siendo los que, con el gran capitán el príncipe de Parma, han hecho temblar a toda Francia, teniéndola en alarma largo tiempo.

Y ante ellos llegó a humillarse el mismo emperador Carlos cuando, tras salir de Francia por mar para ir a terminar sus días en España, habiendo desembarcado en Laredo, puerto próximo a Vizcaya, al tomar tierra se arrodilló de inmediato, según dicen, y agradeció a Dios la gracia de volver a ver este país en sus últimos días, país que había amado por encima de los demás, por haberle ayudado a elevarse al imperio y a tanta grandeza como había logrado en su tiempo; atribuyendo a la nación española, después de a Dios, todas sus victorias y triunfos. Y dijo estas palabras: "Dios os salve y guarda, o mi querida madre. Como desnudo salido del vientre de mi madre, y como desnudo también me vuelvo a ti como a mi segunda madre, a la cual, a favor de tan grandes merecimientos que yo he recibido de ti, no pudiendo por ahora, ni más, ni mejor, yo le hago un presente de este pobre cuerpo enfermo, y de estos pobres huesos secos y debilitados".

Habiendo hablado así con lágrimas en los ojos, saludó muy cortésmente a todos los señores que habían venido ante él; y en su lento viaje por tierra hacia su monasterio pasó por Valladolid, donde visitó a su nieto Carlos, a quien impartió elevadas lecciones y mostró el ejemplo de sus predecesores. iConsiderad, pues, la humillación de este gran emperador, arrodillado hacia la tierra, a la que no había considerado, por así decir, lo bastante digna para contenerle! No lo habría hecho, iay!, de no ser forzado por la vejez, la enfermedad y la indisposición, que quiebran al más orgulloso.

A ellos se ha debido y se debe que el gran rey de España inspire terror a todos sus enemigos, ocultos o descubiertos, y que cuando se divulga la presencia de tan sólo ocho mil soldados españoles nativos en su ejército, sus enemigos se retiren y abandonen el campo.

Y lo más notable de todas estas hazañas es que no las han llevado a cabo grandes masas de hombres, sino tropas reducidas; porque nunca se han hallado diez mil españoles juntos en una ocasión, que la mayor no pasaban de ocho o nueve mil, de los cuales nunca quedaron tendidos los cadáveres de más de tres mil, por grande que fuese la carnicería en algunos combates desastrosos o batallas infortunadas, sin excluir las de Ravena o Cerisoles, tan desgraciadas y sangrientas para ellos. Cierto, perecieron casi tres mil en Santa Maura, Dalmacia, sitiados por los turcos; pero se debió a la duración del asedio, al agotamiento y al hambre por la falta de socorros, después de haber combatido tan bien; pero en el asalto también murieron pocos. En el sitio y toma de Castromoro cayeron también muchos al filo de la espada o encadenados en galeras. En el asedio de Metz murieron igualmente en gran numero; pero el cielo les hizo entonces tanto mal como los hombres; tanto que se dice que el emperador Carlos, después de haber pasado quince días en el lecho, aquejado de gota y sin visitar las trincheras se levantó para verlas y reconoció la batería y las brechas realizadas; y con asombro y disgusto profirió: "¿Y cómo no se entra allá dentro? iAh! Bien veo yo que no tengo más hombres". Algunos soldados allí presentes le oyeron y, muy enojados, le contestaron: "Sacra Majestad, no os quejéis de nosotros. Si tenéis aun algunos hombres y de los bravos;

mas no podemos combatir el cielo como a los hombres". El emperador, mirándolos con piedad, alzó los hombros y se limitó a decir: "Es verdad; Dios es más poderoso que nosotros". Y mandó servirles vino.

Pero ¿por qué me entretengo tanto en escribir loas de estos valientes cuando ellos mismos saben, según creo, publicar sus hazañas sin ocultarlas en un ápice? Pues si sus hechos se extienden tan solo un dedo, ellos los alargan un codo. Hacen bien: a buen hacer, buen decir. Yo he oído comentar a grandes personajes y capitanes que muy raramente las tropas españolas han faltado a su deber y a su valor; sólo recientemente fallaron, en la toma de La Goleta por Lochaly, quien la tomó en treinta y un días, como el español la había conservado treinta y un años. Lochaly, antes de ir más allá, había prometido a su Gran Señor que la conquistaría en tantos días como años la habían tenido los cristianos, y lo cumplió. Pero en verdad que fueron muy de censurar los españoles, porque se portaron muy mal en tal oportunidad, ofendiendo gravemente su reputación: enseguida abandonaron la antigua cuatrocientos de ellos, entregándose en el campamento de Lochaly, y renegaron.

Me contó este caso, hoy bastante conocido, el finado señor de Saboya. Estando él en Lyon, acompañando al rey a su vuelta de Polonia, fuimos al señor Strozzi y yo a verle, y le pedimos nuevas de La Goleta. Él nos dijo: "Venid a verme mañana por la mañana y comeremos juntos aparte. Espero a mi correo, que llegará sin falta esta tarde o esta noche, y os lo contaré". Al día siguiente no fallamos y él nos relató, muy despechado, la captura de La Goleta y el gran oprobio de los españoles, así olvidados de su deber y reputación. Dijo que nunca y en tan gran número habían cometido tal bellaquería, y que con ello causaban gran daño a sus compañeros, aunque tan enorme falta no podía recaer sobre los demás, siempre tan buenos luchadores en todas partes y merecedores por ello de eterna gloria; y que, por lo que sus ojos habían visto, podían considerárseles los mejores soldados del mundo, los más dignos en el combate y capaces de soportar todas las fatigas. Recordó también cómo en la guerra de Alemania había contemplado a ochocientos

soldados españoles deshacer a mil doscientos de caballería en campo abierto; de esto también se ha escrito.

Nunca terminaría si quisiera extenderme sobre las virtudes y glorias de estos hombres. Así que vuelvo a mis apreciaciones sobre las rodomontadas.

Cuando algunos franceses fuimos a socorrer Malta, el rey de España, como buen católico y príncipe en verdad valiente, envió en auxilio de la isla a nueve o diez mil hombres de guerra bajo el mando del marqués de Pescara, muerto últimamente, bravo y gentil señor, nuestro capitán general, a la altura de sus predecesores. Pregunté a un soldado español que me pareció especialmente discreto: "Señor, ¿de cuántos soldados es compuesta esta armada?". "Señor -me respondió-, yo lo diré: hay tres mil italianos, tres mil tudescos y seis mil soldados". Pensad en esta respuesta: a los italianos y alemanes no los contaba como soldados, iQué vanagloria para ellos y qué menosprecio para los demás! Si bien los italianos avergonzaron completamente a los españoles en la expedición de La Goleta, pues viéndose estrechados, en número de cinco o seis mil, en un fuerte muy próximo, construido precipitadamente y mandados por Paganino Doria y Gabrio Cervellon, se sostuvieron largo tiempo tras la toma de La Goleta, combatieron con denuedo y alcanzaron gran honor, como nos relató el señor de Saboya. Pero sólo en esta ocasión destacaron sobre los españoles, y en ninguna más. Lo cual, afirmaba dicho señor, era a mayor gloria de los últimos, pues por una vez que habían sido superados, ellos habían superado a los italianos en mil ocasiones.

Nos contó asimismo esta historia, oída a algunos viejos capitanes: que cuando Francisco I iba a sitiar Pavía, Antonio de Leyva precisó encerrarse en la plaza, así que pidió al señor de Borbón, a Charles de Lannoy y al marqués de Pescara una guarnición compuesta sólo de españoles. Pero no se le concedieron más de cuatrocientos, y el resto alemanes e italianos; y los mismos capitanes y soldados españoles se negaron de plano a ir, aunque conocieran y quisieran mucho a Leyva, pues consideraban "que las compañías españolas de ninguna manera se debían repartir por guardias de ciudad; si no que debían ser adjuntadas en un cuerpo de orden invencible, guardadas

para las cosas inciertas, difíciles y escabrosas de la guerra". Es mucha jactancia ésta, pero no sin fundamento, pues siempre que un cuerpo de españoles se ha mantenido firme, sólido y bien trabado, ha respondido a su reputación. Lo que también ocurrió aquella vez, pues ellos fueron la principal causa de la victoria de Pavía, dirigidos por su bravo marqués de Pescara. Y cuando levantaron el campamento y marcharon al campo de batalla, gritaron todos: "Aquí está el marqués con sus españoles".

Ellos y él se compenetraban tan bien en todo, tanta era su recíproca confianza y acuerdo ante la oportunidad de una hazaña, que nunca fueron vencidos juntos. Y a menudo estando los soldados al borde del motín por sus pagas, le bastaba a Pescara un mínimo alegato para ganárselos. Un día, cuando iba a llevarlos a una acción contra nosotros en el estado de Milán, algunos se amotinaron exigiendo dos pagas junto con los tudescos, que pedían lo mismo. Al marqués le bastó apelar al valor de ellos "no solo para hacer temblar la Italia y la Francia, mas para poner leyes", y todos clamaron unánimes: "Vayamos, vayamos adonde queráis: que los soldados españoles no van a la guerra como obreros, según el uso de los soldados mercenarios; sino a ganar gloria, triunfos, victorias y reputación".

Veamos algunas muestras de sus fanfarronadas.

Conocí en la corte de Madrid a un bravo soldado de excelente apariencia. Era gascón, aunque muy españolizado, formado largos años en las compañías españolas. Decía haberse separado de su compañía por algunos negocios que tenía en la corte; y viéndole pasearse de ordinario sin espada, siendo él soldado, le pregunté la causa. Me contestó en español: "Señor, yo tengo miedo de la justicia, porque mi espada está tan carnicera que a cada paso me daría prisa de sacarla fuera; y, sacada una vez, no haría otra cosa que carne y sangre". No estuvo mal la ocurrencia, y mejor aun la espada.

En las primeras guerras civiles, cuando el asedio de Orleáns, pasaba yo un día por el campamento español con el señor de Maisonfleur, caballero muy gentil y valiente, y vimos a un soldado español que disputaba con una pobre vendedora de arenques, con tal gritería que diríase estaba en juego una gran suma, y no eran sino dos arenques blancos por los que él estaba dispuesto a golpear a la pobre mujer. Maisonfleur, queriendo divertirse, se adelantó a amonestar al soldado, y éste, mirándole con desdén, le dijo: "¿Pues, quién sois, vos que habláis?" Maisonfleur, que hablaba bien el español, le respondió: "Yo soy capitán". El otro, después de reflexionar un momento mirando al suelo, le espetó: "Pues váyase a todos los diablos con sus capitanearías, y no me digáis nada"; y no le prestó más atención. Maisonfleur quedó atónito, aunque no llegó a encolerizarse, al comentarle yo: "Por Dios, que os ha dado buen desplante y os ha arreglado en un santiamén, sin hacer mucho caso de vuestra calidad. Bien habéis perdido el tiempo queriendo, como francés, corregir a un soldado español en su propio campo".

Vi una vez en Cremona a un soldado español de muy buen porte, que no llevaba espada por la calle. Entramos en conversación y le pregunté por qué no la llevaba, y si la justicia de la ciudad se lo había prohibido. "No señor —contestó—; la justicia de esta ciudad no tiene que ver conmigo, porque soy soldado viejo señalado, y en compañías bien aventajado; mas, yo mismo me lo he ordenado, porque soy tan presto de mano que por el menor viento que me pasa por las orejas, me vuelvo, y meto la mano a la espada, y lo primero que se me topa muere a su mal hora, como cuatro o cinco veces me ha acontecido así por las calles paseándome. De manera que, por no caer en las manos de nuestro alguacil, y en peligro de vida, he hecho voto a Dios de no traer más espada, sino cuando vamos a la guerra, o entramos de guardia".

Un soldado de las islas Canarias, pero muy españolizado e instruido en las compañías españolas, estaba pálido y tembloroso cuando iba a un asalto, y su capitán, al verlo, le reprochó su miedo. Y él replicó con hermosa confianza: "Tiemblan las carnes porque como humanas y sensibles, mi bravo, valiente y determinado corazón las lleva y las trae al postrero paso, donde no han de volver más". Actitud muy distinta de otros que ponen buen semblante cuando marchan al combate, mientras por dentro tiembla su alma.

Amenazó un soldado a otro: "Si yo te atrapo, te echaré de tan alto, que más presto sentirás la muerte que la caída".

Otro lo mejoró: "Que de tantos Moros que mataba, les cortaba las cabezas, y después las echaba de tan alto, que antes que volviesen, venían medio comidas de moscas".

Otro se jactaba así de su fuerza: "En tomando a un hombre, dándole un punta pie, lo enviaré dos o tres leguas hacia arriba; y antes que vuelva, quiero que quede un año". Por tal bravata bien podía haberse echado a dormir otro tanto.

Tanta fuerza no desmerece de la de uno que fanfarroneaba después de la batalla de Lepanto: "En la batalla de Lepanto, don Juan estando en su Real, embestimos con la galera real del Turco, yo no metí gran fuerza en mi brazo, y tiré con mi montante una pequeña cuchillada, que fue tan hacia el fondo de la mar, que profundizó hasta el infierno, y cogió la punta de la nariz a Plutón".

Dejemos estas rodomontadas falsas y ridículas y pasemos a una verdadera y de hechos. En tiempo de nuestras guerras de Lombardía, estando sitiado el castillo de Milán por los imperiales que

mandaba Próspero Colonna, vino con socorros exteriores el señor de Lautrec. Y fue entonces cuando el citado Próspero le impidió el paso con aquella hábil maniobra de que hablé en otro lugar. Entonces Lautrec acampó ante el enemigo y amagó con asaltar las trincheras, pero sin hacerlo. Mientras permaneció acampado, los imperiales estaban a oscuras sobre él, y trataban de informarse. Alguien comentó a Próspero que había un soldado español llamado Lobo, el más ágil y mejor corredor nunca visto, capaz de competir con los más rápidos cargando él un carnero a la espalda. Se alegró de oírlo Próspero e hizo traerlo a su presencia, y le notificó lo que deseaba que hiciera en servicio del emperador. Lobo le prometió hacer maravillas, y tomó consigo un compañero de armas, gentil soldado español, también muy ágil de piernas y sobre todo muy diestro y pronto en cargar y disparar su arcabuz. Por la noche, Lobo se acercó al campo enemigo y allí dio con un centinela avanzado, un aventurero francés alto y desmesurado, que gritó: "¿Quién va?". Y Lobo se arrojó de pronto sobre él y lo cargó a hombros como un carnero, y volvió a su campamento, escoltado por su compañero, el cual disparó tres veces antes de llegar. Vuelto en seguridad con su carga, Próspero se rió al verle, y rieron todos los capitanes ante tal hazaña, ciertamente admirable: e interrogado el aventurero y obtenida de él toda la información y aviso posibles, fue devuelto sin daño a los suyos, y Próspero hizo recompensar bien a Lobo y a su compañero. iHombres fuertes y diestros los dos! Esta rodomontada vale más que las otras de palabra, y muestra también fuerzas terribles. Podría compararse a Hércules o a aquel rinoceronte del anfiteatro del que habla Marcial, que jugó con un toro como con una pelota y lo arrojó muy alto, según dice el verso: "Quantus erat cornu cui pila taurus erat".

Hubo uno que andaba en querella con otro, y pregonaba por todas partes: "¿Conoce a un tal o es su amigo? Ruegue a Dios por él, porque tiene pendencias conmigo".

Como aquél que decía: "Estas son mis misas, hacer cuchilladas, y matar hombres, y quebrar las muelas de las putas". iGran valentía, la última!

Cuando el emperador pasó por Francia, iba con él un capitán español, el cual, viendo un día al caballero D'Ambres, tan bravucón o más que él, y también muy valeroso, preguntó a otro: "Señor, ¿este caballero es tan valiente como bravo?". Y habiéndole respondido que sí: "Juro a Dios, que se puede igualar a mí". El caballero D'Ambres se enteró de estas palabras y deseó vivamente medirse con él, aunque se lo impidió la prohibición del rey de buscar desafío con ningún español. Al señor de Boussy también le pasaba que, cuando llegaba a la corte algún bravo, le buscaba pendencia y se batía con él.

Decía un soldado español: "iYo harto no tengo que hacer en consolar esta mi espada, que no se queje de mi, y desespere, porque hace tantos días que la hago holgar, y que no saca fruto de sus enemigos!". Buena espada, no peor que la de aquel que, sacándola, a medias, profería: "Oh espada, si supieses hablar, dijeres cuantos hombres matasteis".

Otro, a quien alababan en su presencia: "No hay necesidad de contar mi valor y virtudes, que todo el mundo las sabe".

Y quien contaba así sus valentonadas: "En Sicilia he matado dos salteadores, en Cerdeña, tres, en Nápoles dos, y tres en Lombardía; de manera que según buena cuenta son diez. Pues no los escribí, mas me acuerdo bien de ellos, porque tengo excelente memoria; de manera que no se habla de otra cosa que de mi virtud, de mis acciones y hazañas, que me hacen temer de los hombres y amar de las mujeres; de manera que paseando por las calles todas tiraban de mi muchacho de la capa, y las entendía como por detrás le pedían: "¿Quién es este caballero tan bravo, y dispuesto, y hermoso? ¿Es don Juan de Mendoza? -No, respondía el muchacho, sino su hermano". Y ellas respondían: "Mira como se asientan bien los cabellos y la barba. iO cuando dichosas son las que alcanzan su amor!". Y todas rogaban a mi muchacho que hallase forma como entrase en sus casas: de tal suerte que me son impertinentes de tanto rogarme y amarme, porque para cumplir sus ruegos descuido mis negocios y mis guerras". iHe aquí un bello Adonis! Y podéis creer que era tan feo como un demonio.

No menos divertido era aquél que reprendía y golpeaba a su paje o lacayo: "Di, bellaco, cuantas veces te he mandado que no andes a cada paso publicando mi valor; porque oyéndolo las mujeres no se pierdan de mí, de suerte que más me cuesta mostrarles la magnificencia de mi ánimo, que no en tomar ciudades y matar enemigos". Aquí tenemos a un gracioso bromista.

El finado señor Strozzi y yo interrogábamos un día a un soldado español que se nos acercó, y preguntado por su nombre, nos dijo llamarse Diego de Leonís, "porque había en Berbería matado tres leones". Os aseguro que no se fue sin habernos hecho reír a gusto, y no solamente en el momento, sino mucho tiempo después.

También me divierte aquel que presumía de que "en las Indias había quebrado un brazo a un elefante; y aun osaría jurar, que si hubiese puesto más fuerza, hubiese pasado el brazo al elefante por el cuero, y por las entradas y hubiese sacado por la boca".

Preguntaron a un joven soldado español cómo, siendo tan muchacho, tenía ya un bigote y una barba tan grandes, y respondió: "Estos bigotes fueron hechos al humo del cañón, por eso crecen tan grandes y tan presto".

Recordaré también a un capitán español que cuando le preguntaron si su compañía se componía de soldados veteranos, dijo: "Que si hacía él los soldados nuevos pronto viejos no era con las pagas de muchos años, como acostumbraban los otros capitanes, sino en muchas peleas y continuas escaramuzas, con honrada y provechosa disciplina de guerra".

No le faltaba razón, pues lo natural no es que los buenos soldados se formen en largos años de ejército, sino en los continuos combates y ejercicios ordinarios y escaramuzas y adiestramiento de manos. Por eso me desespero a menudo cuando me dicen que tales y tales, incluso algunos grandes personajes, están en el ejército. Pues, ¿qué hacen allí, fuera de visitar al general por la mañana y darle los buenos días, irse al cuartel, pasarse el día jugando, banquetear y darse buena vida? Los hay que no han desenvainado la espada aunque hayan estado en seis o siete campañas. Pero luego llegan a la corte, o a su tierra o a su hogar, y se ufanan y pregonan, ellos y los suyos, haber hecho prodigios de valor, y habrán matado a Mardi-Gras. iAl diablo si han matado una mosca! Pues no es la larga frecuentación de la guerra la que hace a los buenos capitanes y

soldados, sino el continuo manejo de las armas y la búsqueda incesante de combates y peligros.

¿Pero cómo me entrego a esta digresión y me extravió de mi primer asunto, de las rodomontadas? Porque son todo uno. No es mala digresión, ya que ha venido a cuento, Si la dejo pasar, la habría olvidado en el tintero.

Volvamos ahora a una divertida y ridícula fanfarronada de un soldado español que se encontró en el momento del desarme y despojo del rey Francisco cuando la batalla de Pavía. Porque no hubo hijo de buen padre o de buena madre que no sacara su pieza de botín, unos como prenda de honor, otros de provecho. Pues sucedió que cupo a este soldado la dicha de quitarle las espuelas al rey, de lo cual se gloriaba tanto que por doquier lo pregonaba: "Señor, ¿no habéis entendido nombrar y renombrar aquel que sacó las espuelas doradas del rey Francisco en Pavía cuando fue preso? Yo soy aquel".

Se parece al que se envanecía así: "Grandes palabras dijo el rey don Fernando a don Juan mi abuelo: 'Saca mis botas'". iBellas rodomontadas, en verdad, y ambiciosas! Dejémoslas y hablemos de otras.

#### III

Luego que el emperador Carlos tomase La Goleta, hubo de marchar el ejército contra Túnez por las ardientes y estériles arenas, con grandes fatigas. Y salieron a cortarle el paso unos treinta mil moros a caballo y a pie. Un joven soldado español, asustado al ver de pronto aparecer tantos enemigos, exclamó: "iJesús! ¿Y con tantos Moros hemos de pelear?". Al momento le reprendió un veterano que marchaba a su lado: "Calla, bisoño; a más gente y Moros, más ganancia y gloria".

Cuando la encamisada lanzada en Flandes por el bravo don Juan de Austria contra el campo de los Estados, un soldado que marchaba charlando con sus compañeros dio en preguntar sobre los enemigos: "¿Cuántos son?". Y un compañero le replicó enseguida: "Vete al diablo, con tu cuestión y cuenta; di más bien: Vayamos a ellos, cuantos sean".

Revistaba un día Carlos V su campamento durante la guerra de Hungría, e iba con él su hermano Fernando, rey de los Romanos, el cual peinaba cabellos largos y en ventana, a la antigua, según la moda de su abuelo Fernando. Un soldado sintió irritación por ello, y exclamó en voz alta: "Sacra Majestad, os doy mis pagas, y haga trasquilar a su hermano don Fernando". Hay que decir que el soldado era bien arrogante, al no soportar algo que no le concernía en nada. El emperador le oyó, pero se limitó a reírse con su hermano.

Peor fue lo de otro en la misma ocasión, que cuando el emperador pasaba revista a las tropas alineadas, le gritó: "Váyase al diablo, bocina fea, que tan tarde es, que todo el día estamos muertos de hambre y de frio". También lo oyó el emperador, y sólo rió y no quiso castigarlo, permitiendo éstas y otras salidas, salvo que delinquiesen; porque quería tiernamente a sus soldados españoles, como a sus hijos.

Graciosa fanfarronada fue la de un hidalgo español que, habiendo hecho una petición al rey don Fernando en la sala real, como el rey permaneciera callado y pensando qué contestar, le soltó: "Sacra Majestad, hágame por Dios respuesta; sino allá abajo está mi macho", indicando que si no resolvía deprisa, se volvería sobre su mulo. El hidalgo resulta loco, fatuo y vanidoso, y no obstante divertido con su mulo.

Combatía con denuedo el marqués de Pescara en la batalla de Rávena, y era su ayudante un hombre muy honrado, llamado Placidio de Sangro, "caballero muy noble y esforzado". Tras luchar ambos largo tiempo y con mucho valor, "considerando (Sangro) el peligro del daño vecino, buscó al marqués y le dijo: "Oh caballero valeroso, pues que no es cosa de ánimo varonil, sino de un loco, contrastar tanto tiempo con la fortuna contraria; en tanto que el caballo está sano, y las fuerzas bastan, libraos de la muerte y guardaos para mejor ventura". Entonces el marqués le respondió: "De buen grado obedecería, o siguiera muy fiel este consejo saludable si me persuadierais de que es cosa tan honrosa cuanto segura; antes quiero yo que me lloren mis amigos muerto con honra, que yo llorar afrentosamente con vida infame en mi casa tantas muertes de tan grandes capitanes".

Bella y valerosa rodomontada, ciertamente, a la cual no flaqueó el marqués, pues, negándose a huir, terminó prisionero: con ello cumplía su divisa, grabada en su escudo: "Aut cum hoc aut in hoc", palabras de aquella brava madre espartana a su hijo cuando éste partía a la guerra, mandándole volver honrosamente vivo, con el escudo, o muerto sobre él.

Se dice que Tallebot el Grande, cuando murió en Castillón, instó a su hijo a salvarse con palabras semejantes a las de Sangro; pero el hijo prefirió desobedecer a su padre y murió con él.

Cuenta Froissard que en la batalla de Nicopoly contra los turcos estuvo presente un caballero francés llamado señor de Montcaré, valiente y gentil caballero de Artois, quien tenía a su lado a un hijo muy joven, y al ver que se cernía la derrota sobre los franceses, mandó a su escudero: "Toma a mi hijo y llévatelo. Pues marchar por

esta salida que aun está abierta. Sálvate, hijo mío, que yo esperaré el destino con los demás".

Tales son las palabras de Froissard. El muchacho respondió que no se iría ni le dejaría. El padre se empeñó tanto que el escudero lo llevó fuera de peligro, y salió por el Danubio. Mas, para gran desdicha, el niño, que estaba muy triste por su padre, se ahogó entre dos barcas, y nadie pudo salvarle.

He leído un libro español referido a la batalla de Pavía, que San Severino, gran caballerizo del rey Francisco, "combatiendo valerosamente murió delante del rey, con honrado fin de vida, y satisfizo lo que debía a la gracia real, y a su honra esclarecida; el cual, cayendo de su caballo, vuelto a don Guillermo de Langueay, noble caballero, que lo quería socorrer en aquel caso extremo, le dijo: 'Dejadme, hijo, gozar al menos de mi hado, y partid de aquí con toda la presteza que podáis, y corred a defender al rey; y si os libráis a salvo de la pelea, os acordareis, como amigo y piadoso, de mi nombre y honrado fin'". Bellas rodomontadas y graves palabras.

Pero más aun lo son las que pronunció el marqués de Pescara al marchar al combate contra el gran capitán veneciano Bartolomeo d'Alviano: "dejando el caballo, a pie, con una pica en la mano, vuelto atrás dijo: 'Ea, soldados, tened cuidado que entrando yo en la batalla, si quiere mi ventura que muera honradamente en ella, vosotros no permitáis que sea antes hollado por los pies de los soldados, enemiaos aue de los vuestros'. Los animosamente, le respondieron muy alegres, que pasase adelante con buen ánimo, porque ellos estaban determinados a ganar loor de tan gran virtud, siéndole muy obedientes como a capitán y como a soldado peleando esforzadamente: y no engañó el suceso sus esperanzas, porque todos combatieron muy bien con furioso asalto".

Debemos señalar dos cosas en esta rodomontada. La primera es más fácil representársela que decirla, pues hay que imaginarse la gran gloria del soldado, que ve a su comandante caído muerto por tierra delante de él, y que no se desconcierta ni retrocede, sino que avanza con más ímpetu, según el aviso y arenga del gran marqué, prefiriendo hollar el cuerpo de su general y pasar sobre su vientre en lugar de que sea el enemigo el que lo persiga triunfante, pisoteando el cuerpo sin dar lugar a otra venganza. El otro punto es que los soldados se proclamaban dispuestos a obedecer, no sólo a su capitán, sino a otro soldado que quisiera sustituirle. Y, por cierto, nada anima tanto al soldado como el ver que su coronel, maestre de campo o capitán, hacen lo mismo que él. Los soldados del marqués no faltaron a su palabra, porque lucharon tan bien que ganaron la batalla, y leemos que el rey Fernando quiso saber no sólo el nombre de los capitanes, sino también el de los soldados, y los hizo poner por escrito, de modo que "aun hoy día, en los libros de los tesoreros están elegantemente escritos los nombres de aquellos soldados que en el hecho de armas de Vincencia, al rio Brenta, combatiendo en la vanguardia, ganaron la batalla con maravilloso valor".

Cuando el gran rey de España hizo y condujo una escuadra tan grande y soberbia contra Inglaterra, conocí, después del naufragio, a algunos soldados y capitanes, e incluso gentilhombres españoles que atravesaron Francia de vuelta a su país, y me hicieron grandes relatos del hecho. Entre otras cosas elevaban la armada a ciento veinte barcos, de trescientas toneladas el menor, y veinte de dos mil toneladas, incluyendo cuatro o cinco grandes galeazas de todo punto incomparables, más entre cuarenta y cincuenta buques de siete a ochocientas. Pues desde hacía tres años el rey había puesto en la empresa todo su espíritu, su esfuerzo, su designio y sus recursos. Y concluyeron contando esta bravuconada: que un año antes de que la armada hubiera levado anclas, "el rey había mandado al gran mar Océano, que se aparejase para recibir en su reino y aguas a sus vasallos, no propiamente vasallos, para decir verdad, mas montañas de leño. Y también a los vientos, para cesar y callarse, y favorecer sin ninguna tempestad a la navegación de su armada, la sombra de la cual quería el que hiciese caer y bajar con gran humildad, no solamente los arboles y mástiles de los navíos, mas las puntas de los campanarios de toda Inglaterra".

He aquí una hermosa rodomontada y amenaza española, si la fortuna hubiera querido favorecer la empresa. Pero esta gran flota quedó en nada, mitad por la aguda previsión y actuación del gran capitán milord Drake, uno de los más grandes capitanes que hayan surcado el mar océano en doscientos años, o incluso nunca, y mitad

por las tormentas y olas marinas, quién sabe si irritadas por las amenazas recibidas. El mar es de por sí muy orgulloso y no acepta bravatas en modo alguno. Bien lo aprendió Rodomonte cuando quiso pasar de África a Europa y lanzó improperios contra Dios: "Si hay algún Dios en el cielo, no lo sé. Cierto que ningún hombre lo ha visto. Pero la gente vil lo cree, por miedo. Mi Dios es mi buena lanza, y mi armadura y mi valor". Otras muchas viles y execrables palabras pronunció, según se lee en el "Orlando enamorado", y que vale más callar, de tan viles que son. Y después se dirigió a los vientos: "Sopla, viento, si sabes soplar", y los desafía y desprecia, haciéndose a la mar, contra el consejo de todos los pilotos y marineros. Y, lo más formidable, ya en alta mar ni se asusta ni cesa en sus bravuconadas y desafíos. Sin embargo resultó bien zarandeado y estuvo a punto de perecer.

Cuenta Ovidio que las olas, las tempestades y los vientos empujaban de acá para allá el barco de Áyax de Oileo cuando volvía de la guerra de Troya, mientras él los maldecía y execraba. El navío vino a dar de través contra un escollo y se partió. Acertó Áyax a saltar a la roca y, engarfiado a ella con manos y uñas, seguía renegando con más furia todavía: "Pese a Júpiter y a Minerva, me salvaré de las aguas de Neptuno". Pero Júpiter, irritado por tales blasfemias, lanzó al punto un rayo sobre el escollo, que se quebró en dos trozos, de los cuales uno permaneció firme mientras el otro, sobre el que Áyax se había salvado, cayó al agua arrastrando al hombre, y el mar engulló a los dos.

Cuando las rodomontadas de palabra se traducen en hechos, son muy dignas de estima. Pues hay dos suertes de rodomontadas, una de palabras y otra de hechos; la última merece alabanza sobre la otra, como la que voy a contar, del libro *La guerra de Alemania*, escrita en español por el señor de Ávila, que estuvo presente, y que me confirmó el fallecido capitán Vallefreinére. Éste era un gentil soldadito, si alguno hubo en dicha guerra, paje de don Alvaro de Sande desde que fue reclutado, de muchacho, en el Piamonte; moriría ante Bourg-sur-Mer, defendiendo el partido hugonote, y fue gran lástima su pérdida, porque había sido testigo de muchas cosas y era uno de los buenos capitanes que tuvo el Almirante, y el más

experimentado. Dice la historia que "el emperador, viendo que era necesario ganar la otra parte del rio Elba, tantas veces nombrado por los antiguos Romanos, y tan pocas veces visto por ellos, y de los españoles bien reconocido y señalado, había mandado que la arcabucería usase toda diligencia, y que pasase súbitamente, se desnudaron diez arcabuceros españoles a la vista del emperador, y estos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron a algunas barcas, tirando a los enemigos muchos arcabuzazos, de la ribera, y las ganaron, y mataron a los que habían quedado dentro, y así las trajeron, en las cuales pasó la arcabucería, y quedó señora de la ribera, y los enemigos comenzaron del todo a perder el ánimo. Y queriendo el bravo emperador reconocer y galardonar a tan valientes soldados, después de la batalla ganada mandó venir a los dichos soldados delante de Su Majestad, y darles un vestido de terciopelo carmesí, otros dicen de grana, a su modo, y bien guarnecido de oro y plata, y cien ducados a cada uno, y grandes ventajas en sus compañías; de manera que así distinguidos delante de todo el campo, iban pavoneándose y paseando con gran soberbia, de manera que toda la gente iba diciendo de ellos: 'Aguí están los bravos y determinados de las barcas". El libro no dice tanto, pero el citado capitán, muy amigo mío, así me lo contó. Os juro que hay razón para admirarlos y llamarlos bravos, porque brava fue la acción, y tal rodomontada valió más que cien de palabra.

Ya hemos hablado bastante de cosas serias. Volvamos ahora un poco a las bravuconadas bufonescas.

Cierto español ensalzaba así una espada suya ante un compañero: "De cinco que tengo, esa es en quien más confianza yo tengo, y la que nunca me faltó en la mano. Esa es la que es tan afamada en toda la tierra; y es la que tantas veces me pidió prestada don Pedro Recuerdo; y esta misma es la que de treinta años a esta parte no se ha hecho duelo en toda Andalucía, donde ella no haya estado; porque de Córdoba, de Cádiz, de Málaga, de Cartagena y de otras muchas y diversas partes, donde suceden algunos desafíos entre los amigos, luego me envían por ella. Y con esta fue con la que mataron al sacristán de San Lucar; y con esta cortaron los muslos a Navarico, el soldado del duque; y con esta Ravanal hizo grandes cosas en

Toledo, al tiempo que don Galtero mató al Vizcaíno en el Alcázar, y no pudo hallarse a salvo, sino por tener esta espada; y esta es la misma, por quien hace un año que tienen ya por costumbre en los desafíos sacar por condición que ninguno lleve mi espada. De manera que es tan afamada por todas las tierras y banderas, como la espada encantada de Roldan, y del rey Arturo. Que si yo quisiese contar las virtudes de esta espada, nunca acabaría".

Tal espada me recuerda la de uno de nuestros viejos capitanes del Piamonte, quien no hacía con ella mayores milagros que cualquiera, pero afirmaba: "Quien quiera vérselas conmigo tendrá que vérselas con mi Martine, la que llevo al costado. Y quienquiera me la birle puede atreverse a decir que habrá robado la mejor espada de Francia".

Cómica alabanza de espada la del español de antes. El valiente queda en poco, pues no cuenta proezas que él haya realizado, sino las que han hecho otros; aunque podría alegar que si otros obraban tan bien con una espada prestada, ésta causaría estragos manejada por su propietario. Sin embargo, hay algunos, y aun muchos, cuyas hazañas y valentías pueden atribuirse a sus fuertes manos y a su valor, más que a sus espadas.

Mencionaré a uno que se gloriaba mucho mejor: "¿No sabéis que me aconteció en Córdoba, pues no hay cosa más pública en Andalucía, de aquel Francisco cordonero, el cual hizo muestra de hacer mano contra mí? No hubo acabado de desenvolver su capa, cuando yo le tenía con su mismo puñal cortada la mano derecha, y clavada encima del bodegón del Gayetaneto. Pero, ni por eso perdí la tierra ni dejé de pasearme por las calles y rincones, sin temer a la justicia; porque ella, y la cuaresma, no son sino para los ruines, bellacos y desdichados; y además, siempre andaba yo bien armado, siempre la espada en la mano, y con la media vaina, y también nunca dejaba un broquel de los sevillanos, y su atadura; con la barba larga y cabellos trasquilados; y cuando era menester de salir acompañado, no me faltaban amigos, que, a medio repiquete de campana, se juntaban trescientos compañeros, y todos en verdad hombres de bien y de mano".

Un gentilhombre español, muy grueso y graso, subía en una ocasión las gradas del castillo de Madrid, y otros dos gentilhombres que estaban arriba comentaron, en voz bastante alta para que aquél los oyera: "Mira el puerco que sube". El primero, acabando de subir, les replicó: "Si, yo soy puerco, mas vos no me matareis –dijo a uno–, y vos no me comeréis", dijo al otro. Pinchaba a uno por su conocida falta de valor, y al otro por suponérsele marrano y no probar, por tanto, la carne de cerdo.

Buena salida fue la de un médico que cuidaba a un obispo enfermo, que era muy grueso. Salía de visitarle, y al preguntarle unos amigos qué tal se encontraba el paciente, contestó: "iPluguiese a Dios que fuese tal mi macho!".

Llevaban a ahorcar a un pobre diablo español, y un franciscano le amonestaba por su salvación, preguntándole si no recordaba, o había dejado de rezar, una oración que le habían enseñado, oración que, hecha todos los días, le evitaría morir de fuego ni de agua, y le permitiría saber el día de su muerte. El fanfarrón, a punto de que le lanzaran al viento, contestó con arrogancia: "Váyase al diablo, señor fraile, que tan bien ha profetizado, y tan mal me ha servido su oración; porque no muero en fuego ni agua, mas en el aire, que es peor, y también yo sé y conozco el día de mi muerte". Y así murió. El cuento tiene más de chanza que de fanfarronada, y lo he escrito sin pensar. Pero no lo lamento, porque tiene su gracia.

Un capitán español acudió un día a su cortesana habitual, en Toledo, y ella quiso advertirle que llegaba en momento inoportuno, porque a tal hora de la tarde paseaban y repaseaban tres bravos matasietes de la corte, todos cubiertos de oro, cada uno con su rodela en la mano: eran los dos de Pimentes y don Juan de Guzmán. El se puso a bravear: "iQue vengan, que vengan estos bravos de corte, de los más pintados y tan bien arrodelados! Que vive Dios, sus rodelas y broqueles no me espantan ni más ni menos que los coseletes y arcabuces de cien enemigos en campaña. Y si vienen, yo les mostraré que peligrosa cosa es de tocar a mis amores". Y lo bueno fue que, según braveaba, llegaron los tres, llamando a la puerta con gran ruido de armas. Y oyéndolos, dijo aquél a su dama: "Señora, grande locura sería, y propio de un atrevido, temerario e

ignorante de las armas, de uno solo acometer a tres; y por eso, mejor es por mí de reconocer la puerta por detrás, y recogerme, y salvarme afuera". Me contó esta historia el señor de Saboya, que las sabía muy buenas, y las contaba bien cuando quería.

Por lo demás, aquel capitán hizo muy bien en pensárselo dos veces. Porque estos Piménteles eran unos bravucones de la corte del emperador, pero de los más duros y diestros. Ambos se hicieron señalar mucho en todos los torneos y combates celebrados en Flandes en la recepción del rey de España, y más don Alfonso, el mayor. Así lo he leído y oído contar a madame de Fontaines, una de las honestas famas de Francia, que era hija de la reina Leonor y se llamaba Torcy. Más tarde don Alfonso sería enviado de virrey a La Goleta, donde fue acusado y condenado por sodomía. Y un gentilhombre francés, a quien conozco, preguntó una vez en Roma a un español sobre la muerte del dicho Alfonso, y el otro le respondió crudamente: "Señor, fue quemado porque era bujarron, como por ventura Vuestra merced". Lo que dio lugar a una carcajada por la franqueza del español y también porque al dicho gentilhombre se le sospechaba ese vicio.

El capitán español del que hablé antes seguía el humor y la opinión de uno que decía: "Más quiero yo que de mí diga la gente, aquí un tal huyó, que aquí un tal murió". Este amaba la vida, a buen seguro.

Se extendía un soldado español contando la media docena de heridas y arcabuzazos que había recibido en la guerra, una en el sitio de Perpiñán, otra en La Goleta, la tercera en Cerisola, la cuarta en un encuentro en Piamonte y la quinta en la reconquista del Casal. Y llegando a la sexta, mostraba una gran cuchillada a todo lo largo de la cara, y con el mismo gesto explicaba: "Y esta me la dio por detrás un bujarron italiano, que me pesa más que todas, porque luego que me la dio, huyó, y escapó de mis manos, de tal manera que no le pude alcanzar; y se tiene tan secreto y escondido de mí, que hay dos años que le voy buscando, sin poder hallarle. Mas, ivive Dios! que si yo le topo, aunque fuese entre los brazos de Belcebú, que le daré tantos palos a la turquesca, que le haré morir buen mártir".

Uno de nuestros capitanes franceses mejoró la frase al amenazar a un enemigo suyo: "Le daré tantos palos que lo mataré; y una vez muerto, lo haré desollar y curtir su piel de modo que pueda hacer con ella un pandero, el cual golpearé aun veinte años más tarde, para que se acuerde de mí en el otro mundo".

Al volver de Malta los franceses que allí fuimos en socorro, hallamos en Toscana a un soldado español de edad mediana y de muy digno porte (por lo demás, no hay entre ellos ninguno que lo tenga malo) pero muy descuidado y harapiento. A las preguntas del señor de Lansac y mías, respondió que venía de Hungría, y que buscaba nueva y lejana aventura de armas, aunque las armas le habían arruinado por completo; se arrepentía mucho de su anterior viaje, por no haber encontrado la menor cortesía en aquellos países, tan bárbara y ruda era allí la gente. Y después de habernos relatado sus males, nos pidió limosna, pero no según la costumbre de los pobres, sino con orgullo, con palabras en absoluto vergonzosas ni lastimeras: "Señores, Vuestras mercedes. Consideren con alguna lástima que si estuvieseis en mi lugar, lo que habríais menester para pasar su camino; yo, si estuviese en vuestro lugar, les daría de buena caridad y gana, para socorro de sus necesidades". iVed qué gloria y que industriosa manera de pedir limosna sin parecer mendigo ni pedigüeño! Podéis creer que nos reímos a gusto y divulgamos la historia: aún no hace mucho que Lansac y yo se la contamos al difunto señor de Guisa; Lanzac me hizo recordarlo, y Su Excelencia se rió con ganas. Pues a la vista de aquella gravedad y altivos modos, tuvimos vergüenza de darle poco, y cada uno de nosotros le dio un doble ducado; y todavía lo menospreció el tunante, diciendo "que no bastarían para seis pastos", y que si queríamos dejarle un lacayo hasta Nápoles, que él nos lo devolvería. Y sabe Dios si el pícaro hubiera cumplido su palabra, de no haber tenido nosotros mejor cosa que hacer que prestarle el lacayo ni por cien promesas. Tened por cierto que manejamos bien la situación.

Un gentilhombre me contó una anécdota parecida: se paseaba él con otro gentilhombre por la calle del Popolo, de Roma, siendo noche cerrada, cuando un español de bastante buena apariencia se les acercó, y les abordó con estas palabras: "Señores, la noche me

ha favorecido, de topar con vosotros gentiles Franceses, para suplicarles de tener lastima de mí, pobre y mísero; porque, de día, por todo el tesoro del mundo no querría mostrar a la gente mi miseria, y por eso suplico a Vuestras mercedes, que me alarguen sus liberales y largas manos francesas". He ahí mis mendigos secretos y vergonzantes. Sin embargo, ihay que verlos hacerse los bravos de día y en público! Aun tendrán la audacia de decir: "Pese a tal que somos hidalgos como el rey, pero con menos dineros".

Tales mendigos difieren de siete u ocho que yo vi un día en Sevilla, los cuales, tras naufragar su barco al volver de Indias, recorrían la ciudad sin reparo en mostrar al pueblo sus honorables miserias: "Ea, Señores, tengan Vuestras mercedes lastima de estos pobres soldados y marineros, desbaratados y fatigados de la mar y del hambre, viniendo de tierras desiertas, comiendo culebras y lagartos, hasta las suelas de los zapatos cocidas: nos encomendamos a la buena gente que les hagan caridad en nombre de Dios".

Se lamentaba un soldado español de su pobreza, asegurando que su padre había tenido vastos recursos en su tiempo, "pero que los había gastado en fiestas, torneos, regocijos, juegos, bailes, y triunfos".

Me contó un soldado español que cuando el rey de Francia estaba prisionero en España, lo guardaban seis compañías de veteranos al mando de Alarcón, gran capitán en quien confiaba mucho el emperador. Y "el rey Francisco, por pasatiempo acostumbraba sembrar delante de los soldados de su guardia los escudos de oro, con tanto menosprecio de su fortuna presente, que los soldados, halagándole, soberbia e impíamente se quejaban de Dios, porque el rey Francisco no era su señor, para conquistar el mundo, o porque ellos teniendo licencia del emperador, libres de juramento, no combatían siendo él su capitán; tanto que el señor de Alarcón, capitán de su guardia, fue forzado de refrenar la cortesía y liberalidad del rey, y la familiaridad de los soldados". Pues viendo los soldados tal liberalidad, no la rechazaban, sino que la alababan. Además, habían visto al rey francés portarse con gran valor y grandeza de ánimo en el combate, mientras que aún no tenían

noticia de otro tanto por parte de su emperador, pues, como he dicho, bien tarde entró él en la lid, de modo que cuando el uno había caído el otro no había llegado.

El suceso muestra también que el español es de natural muy avaro, y prefiere la bolsa de su enemigo, aunque no contenga más de dos escudos, o un pequeño rescate, antes que matarlo, como se ha visto en todas sus guerras; pues los españoles robaban y los tudescos mataban.

Quiso un español alardear de su gran poder en su ciudad, con estas palabras: "Está en mi mano meter Moros en la tierra, y puedo pregonar vino y vender vinagre, y salir a bien con todo esto". iBuena y gloriosa exhibición de la autoridad de este fanfarrón en su pueblo!

Ya conté antes que algunos españoles hablaron con insolencia a su emperador. Recuerdo al respecto haber leído en un libro español, y confirmado por dos viejos hombres de armas franceses, que estando Antonio Leyva en Milán acuciado por la falta de paga de sus tropas, tanto españolas como alemanas, no sabía de dónde sacar dinero, y se le ocurrió ordenar "que ninguno pudiese cocer pan o tener harina en su casa sino los que habían arrendado; y a estos les hacia pagar por cada carga tres ducados de derechos: con esta moneda pagó abundantemente a los Tudescos y a los Españoles". Ello dio pie a grandes risas y chanzas entre los españoles, que empezaron a llamar al emperador Carlos "Señor hornero". Pero las risas se volvieron luego contra ellos cuando recibieron el mote de soldados de la pañota, el mayor desprecio y la mayor injuria que podía hacérseles; y de ahí viene la primera derivación de la expresión con que se les llamó por un tiempo en el Piamonte. Ahora bien, digamos que poco tiempo después, cuando el emperador Carlos dejó su España y dio en sus campañas tan claras muestras de su persona y valor, los soldados españoles decían, contentos: "Juro a Dios que ahora no somos más soldados del emperador hornero, mas del emperador guerrero".

Y, por cierto, fue un guerrero muy bueno; y así lo creyó él mismo al volver a Roma desde La Goleta y jactarse ante Su Santidad y todo el Santo Colegio Cardenalicio, donde menospreció y amenazó al rey Francisco: "Yo le forzaré y meteré a tal punto de guerra, que servirá a acabar el último capítulo de los 'Ilustres Desdichados' de Boccaccio", refiriéndose al libro de Boccaccio sobre la elevación de algunos grandes y su posterior caída.

Esta rodomontada habría sido perfecta si los hechos la hubiesen acompañado; pero no fue así: emprendió la campaña de Provenza y tuvieron que interrumpirla, pronto y vergonzosamente, él y su gran consejero Antonio de Leyva, promotor de la empresa. Leyva resultó bien engañado por la incitación del príncipe de Melphe, grande y muy renombrado capitán. Éste, viendo que tras ocupar Fossan el emperador marchaba sobre Turín (ciudad que tenía buena oportunidad de tomar, si hubiera proseguido hacia ella), le hizo aconsejar por un espía, fingido buen sirviente del emperador, que cambiase de rumbo y marchase contra Marsella, fácil de ocupar por no tener guarnición capaz de resistir al ataque; y lo pintaba todo muy fácil. Antonio de Leyva, seducido por la ocasión ofrecida por el espía de Melphe, y contra la opinión de los demás, persuadió al emperador de realizar el proyecto. Pero fracasó Leyva, y murió de despecho. Este general cometió entonces una gran falta, por seguir el aviso y consejo de su enemigo.

Muy de otra forma obró Assanages, español renegado a quien Barbarroja había dejado de gobernador y lugarteniente suyo en Argel cuando el emperador fue a sitiarla. Y habiendo sido intimado y advertido de que lo mejor para él sería rendir la ciudad sin más ceremonia, en lugar de sufrir la furia de un asedio, replicó: "Nunca peor cosa fue, que tomar consejo del enemigo. Que si me aconsejarais de no rendir la tierra, yo la rendiría; mas pues que, como enemigo, me aconsejáis rendirla, yo no quiero dejarla". Y fue más allá: "¿Cómo pensáis cogerme y hacerme todo ese daño vosotros que tanto braveáis y amenazáis?" —"Con las grandes tropas y medios de guerra de que disponemos". —"Pues yo tengo aquí dentro cuanto preciso para defenderme de vosotros". iAh, qué renegado y eunuco todo junto! Buen acierto tuvo en hablar tan alto, pues actuó mejor todavía.

Esto debe servir de ejemplo y aviso a muchos capitanes que defienden plazas, para no dejarse llevar por los suaves requerimientos y atractivas promesas de los sitiadores: les conviene taparse las orejas, como al canto de las sirenas; pues por poco que se deslicen al consejo del enemigo quedarán perdidos y deshonrados para siempre jamás. Así le ocurrió a cierto gentilhombre que guardaba un castillo en Guyana. Él era del partido de la religión hugonote, y después de la batalla de Montcontour le enviaron a otro gentilhombre, pariente cuyo, para conminarle y requerirle a rendirse, el cual le engatusó e intimidó hasta el punto de, para su vergüenza y confusión, entregar miserablemente una plaza tan fuerte que, cinco años después, hallándose en el mismo estado, fue asaltada por un gran príncipe, lugarteniente del rey, quien sólo consiguió ocuparla a los tres meses, después de grandes esfuerzos, y gracias, finalmente, a un arreglo honorable. Ello hubo de traer gran vergüenza a aquel gentilhombre, de quien se decía, por mofa, que si había entregado la plaza tan fácilmente no había sido por falta de municiones ni de víveres, pues tenía los necesarios, sino porque le faltaba mostaza para su salazón de vaca. Pero temo haberme desviado un poco de mi primer propósito. Vuelvo a él, aunque creo merecer excusa, porque la digresión no ha sido inútil ni inoportuna; aparte de que, si la dejo para otra ocasión, se me olvida.

Cuando el marqués de Pescara sitiaba una plaza llamada Pizzighetone, en la región de Milán, estaban dentro "tres arcabuceros excelentísimos defensores, puestos en mira de un lugar secreto del muro, teniendo ojo por si vieran aparecer algún Español en quien disparasen los arcabuces prestamente con tiros ciertos, y así fue, que habiendo caído muertos súbitamente muy maltratados el capitán Busto y el capitán Mercado, asestando ya el tercero diligentemente contra el marqués de Pescara, y queriendo dar fuego a su arcabuz, de presto un capitán de Pavía, llamado Fratin, echando encima la mano, le quitó la mecha encendida, gritando a grandes voces: 'No quiera Dios que por nuestra crueldad, muera el mas esforzado capitán que vive, padre de los soldados, y que nos mantiene aunque le seamos enemigos; mas antes le conservamos la vida, porque nosotros que vivimos ganando sueldo, no moriremos de hambre en una paz larga y perezosa". Así salvó la vida del marqués. Y no le faltaba razón en sus palabras porque, como enemigo de la paz y amigo de la guerra y ambicioso, el marqués les proporcionaba siempre jornal de qué vivir.

De ahí que el mariscal Strozzi, al saludarle una mañana dos franciscanos con la expresión "Dio vi doni la pace", les respondiera: "Et Dio vi tolga il purgatorio", es decir, si tú me deseas la paz por maldición, yo te deseo otro tanto: que te quiten el purgatorio. Porque el uno vive de la guerra y el otro de las limosnas para las ánimas del purgatorio: de modo que uno y otro quedaban "en paz".

Creo, desde luego, que el capitán Fratin hizo bien en salvar la vida a un tal capitán, guerrero y ambicioso, que no amaba la paz y el reposo más que el soldado.

Cuando el gran capitán que fue el señor de Guisa, Francisco de Lorena, murió en Orleans, se hizo la paz casi de inmediato. Entonces muchos soldados, tanto de un partido como del otro, le lloraron amargamente, porque perdían a quien les alimentaba. Y os diría que vi a muchos soldados de la religión hugonote, presentes en Orleáns, sentirlo tanto o más que los otros, pues en su mayoría eran veteranos, habiendo combatido bajo el mando de Guisa en las pasadas guerras extranjeras. Pues los hugonotes, en esta guerra, habían acaparado la mayor parte de los viejos soldados, habiéndose adelantado a nosotros en su recluta. Aquellos soldados le querían y honraban en extremo, y le lloraban por eso, pero también porque no les quedaba adónde ir para ganar su soldada, y permanecían como en yermo. En cambio las tropas del rey, que eran abundantes, fueron enviadas a las guarniciones. Así, echaron mucho de menos a este capitán tanto las tropas enemigas como las suyas, porque, para hablar con franqueza, el soldado no piensa adónde se inclina el derecho o la fuerza en la guerra, sino en dónde hay ganancia. Y quien le proporcione medios de ganar el pan, ése es su padre.

No hay duda de que si no hubieran matado al señor de Guisa hubiera seguido la guerra, pues él tenía gran intención de emprenderla contra Inglaterra. Y por eso aquellos soldados creían, con acierto, que mientras él viviera no carecerían de lo necesario. Un gran capitán comparaba a un militar sin guerra con una chimenea en verano, sin fuego.

En cuanto al purgatorio, es muy cierto que el manejo, la autoridad y la preeminencia sobre él corresponden por completo a los hombres de la iglesia. Y así lo confirmó el papa Alejandro, español, cuando algunos cardenales suyos le denunciaron la gran ofensa de un pintor a sueldo, que había pintado el infierno y, dentro de él, entre los emperadores, reyes y papas, había representado vívidamente a Su Santidad; y exigían el castigo del pintor o que se le obligase a borrar la pintura. El papa, con sangre fría, les contestó: "Ciertamente no tengo yo poder para sacar a nadie del infierno; si estuviera en el purgatorio, bien lo pudiera yo hacer". He oído esta anécdota de un monje español; y si fuera preciso enseñarla por escrito e impresa, yo sabría encontrarla en algún rincón de cierto librito. Aquel papa tenía otras muchas salidas, pero no las cito porque no saldrían en buen francés.

Hallándose Luis de Ávila asediado en la ciudadela de Amberes, hubo de hacer una salida para forzar las defensas de la ciudad, y alentó a sus tropas con estas bellas frases: "¡Ea, soldados! Es menester mostrar en este lugar su virtud, como en muy afamado teatro de las cosas de la guerra".

Antes de dar la batalla de Pavía, el marqués de Pescara ordenó al marqués de Gouast del Vasto "con gesto severo y animoso, pero alegre: Primeramente es menester ganar este lugar de Mirabel, con vuestro valor y todo vuestro esfuerzo: que si las manos, lo cual Dios no quiera, no bastaren contra el enemigo tantas veces vencido, haced que los cuerpos, muriendo con la honra que deben, los ánimos valerosos vengándose del enemigo, se satisfagan noblemente".

Cuentan los españoles que en esta batalla, por nosotros perdida, al enterarse el marqués del Vasto de la captura de Su Majestad, volvió de perseguir a los suizos para saludar con gran respeto y honor al regio prisionero, y apartó de su entorno a un enorme tropel de soldados que le estrechaban e importunaban. Y después quiso consolarle de su desastre con las buenas palabras que se le ocurrieron, invocando sobre todo la bondad del emperador Carlos. El rey le respondió con bellas y nobles frases, y me asombro de que nuestros escritores franceses no nos las hayan transmitido, y debamos tomarlas en préstamo a extranjeros. Las escribiré primeramente en español: "Yo había determinado, muriendo honradamente entre las armas, librar mi ánimo de esta tan gran aspereza de mis cosas, y por no quedar vivo, después de haber muerto tantos capitanes míos muy esclarecidos: pero la fortuna es ya de mucho tiempo asperísima, y a gran tuerto muy enemiga de mi nombre, porque no me conserve la vida a mi pesar para que sea un espectáculo de escarnio y burla, no ha querido que yo muriese muerte muy honrada. A lo menos, con solo esto me consolaré acordándome de una tan gran pérdida que de hoy en adelante no temeré más ninguna injuria ni fuerza de fortuna, porque habiendo sido ella cruelísima siempre y furiosa y nunca jamás harto satisfecha por tantas desventuras, ahora finalmente habrá pagado el resto de su odio en este público lloro de toda la Francia, y postrera pérdida mía por caso de tan grande desventura".

Bellas palabras, sin duda, y valiente la resolución de un rey magnánimo, de no preocuparse más de la fortuna, puesto que ella había acabado de vomitar su veneno sobre él, ocasionándole tan gran pérdida y desengaño. Frases tales llegaron con fuerza al corazón de los soldados que le rodeaban, y todos se dolieron, y admiraron al gran rey. Así lo afirman los españoles. Debemos creer, naturalmente, que el rey habló en francés y los españoles lo tradujeron a su idioma.

Abordo este asunto para observar que, aunque aquel gran rey hablase varias lenguas, como la latina, la española o la italiana, siempre hacía el mayor honor a la suya propia, la cual prefería a cualquier otra, y no la relegaba, sino que la ponía por encima de las extranjeras. Y, como decía el excelente y finado señor de Lansac, siempre queda mejor, más decoroso y grave, que un rey hable en su idioma al tratar de asuntos serios ante los extranjeros, incluso ante sus iguales y reyes y príncipes, sin rebajarse ni obligarse a dirigirse a ellos en la ajena para dar contento a sus orejas, como si fuese su intérprete.

El emperador Carlos dio de ello un hermoso ejemplo cuando, en Roma, habló delante del papa, los cardenales y los embajadores, ocasión en que alardeó un tanto, por arrogancia de su victoria en Túnez y La Goleta. Estaban presentes los dos embajadores de nuestro rey, el uno ante Su Santidad y el otro ante Su Cesárea Majestad, y reconvinieron al emperador por expresarse en español y no en otro idioma más inteligible. El emperador dio la espalda con cierto desdén al señor de Velly, que estaba cerca de Su Majestad, y se dirigió al obispo de Macon, por su rango superior ante Su Santidad: "Señor obispo, entiéndame si quiere; y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana".

Hubo cierta chanza por parte del emperador, pues de haberlo querido habría hablado perfectamente en francés, o en italiano, por el país y lugar donde se hallaba, o incluso en alemán o flamenco, por su país natal, y hubiera dejado en ridículo a los otros, porque conocía todas esas lenguas; pero solo quiso hablar español, tal vez por humillar a aquellos embajadores y a algunos cardenales franceses y a otros partidarios del rey; o acaso por desdén, altivez y ostentación, para honrar mejor su idioma, el cual, ya lo he dicho, es muy propio para amenazas y altanerías. Aquel embajador se equivocó, y no debió poner en evidencia su necedad, sino dejar hablar al emperador, y escucharle y entenderle bien, y después pagarle con la misma moneda contestándole en francés. Claro que acaso no hubiera entendido bien el discurso en español, de lo que da fe la falta cometida por él y su colega, con perjuicio para nuestro rey. Sobre ello ya me he extendido en el discurso sobre este gran rev.

Es gran fallo y vergüenza para embajadores y otros que sirven de tales no aprender idiomas para poder utilizarlos en su tarea. Demuestran ser grandes asnos que hablan como asnos, y recuerdan a cierto obispo de Francia, asistente al último concilio de Trento sin dinero ni latín, y vuelto como había ido. ¡Qué embarque sin galleta, y también qué retorno! ¿Qué diablos puede hacer esa gente, sin otro ejercicio honorable que el de estudiar, y sólo conocedores de su idioma? Porque de latín, antaño no sabían casi nada; los pocos que lo chapurreaban algo lo hacían en un latín de breviario, mal refinado y tamizado. Había quienes lo dominaban, pero eran rara avis, como el cardenal Du Bellay cuando sermoneó al papa Clemente, sustituyendo a Poyet, quien hizo el tonto y habría echado a perder el honor de Francia si no interviniese este gran cardenal, que enderezó el entuerto. Hoy día nuestros prelados se han corregido y empiezan a tirar de armas y a desenvainar el latín, Dios se lo paque a los hugonotes, que tanta guerra les dieron, pues los han vuelto aguerridos, y así con las mismas armas con que los hugonotes los vencían, vencen ellos a los hugonotes; por ello, se da la guerra por bien empleada.

¿Qué diremos de cierto embajador francés que conozco, el cual, después de vivir seis años en España, volvió hablando tan mal el idioma como si nunca hubiera estado allí? Lo comparaban al loro de madame de Brienne, que había estado enjaulado veinte años sin aprender una sola palabra, según el viejo dicho de tiempos de nuestros grandes reyes Francisco y Enrique, aplicado a quienes nada habían aprendido ni sabido decir en la corte.

En fin, retomaré mi discurso. Según el señor de Lansac, es muy preciso a un embajador entender y hablar cuantas lenguas pueda, para servirse de ellas en la ocasión, y en especial la española, la latina, la francesa y la italiana; porque las demás son difíciles, y por ello excusables. Pero si no aprenden estas cuatro, deben recibir tacha y condena. No se trata de usarlas de ordinario ni de hacer caso omiso de ellas, sino de emplearlas con oportunidad, por razones de necesidad, de gentileza, de honor o de gloria, y hasta por una cierta ostentación y por no hacerse de menos.

Y con más razón deben obrar así nuestros grandes reyes y príncipes, que siempre han de honrar sus idiomas, reservando los extranjeros para pláticas, charlas, agudezas, gentilezas o bravatas, a fin de hacerse admirar. Así hacía el gran rey Francisco, pues en los asuntos de peso siempre empleaba su bella lengua francesa, y nunca usó otra con el papa Clemente, el papa Pablo, en Marsella y en Niza, o con el emperador Carlos cuando pasó por Francia. Su hermana, la reina de Navarra, tan sabia y bien hablada, también se las arreglaba siempre con su idioma natural en los asuntos de importancia, aunque dominase el español y el italiano. Pero cuando se trataba de lanzar frases intencionadas, bromas o galanterías, demostraba que comía más que su pan cotidiano. Nuestro gran rey Enrique hablaba español tan bien como cualquiera de aguel reino, por haber estado largo tiempo retenido en España como rehén; pero siempre se dirigía en francés a los españoles, sobre todo cuando se trataba de temas importantes; pero tenía salidas y aqudezas españolas, y lo hacía muy bien y con buena gracia. Al igual que él, su mujer, la reina y madre de nuestros reyes, apenas hablaba su toscano natal con los de su nación cuando trataba de grandes asuntos, haciendo así el honor debido al reino donde ella había alcanzado su grandeza y fortuna. La reina Margarita, su hija, por más que entiende y habla italiano y español tan fluidamente como si hubiera nacido y se hubiese criado en Italia y España, los deja de lado en las cuestiones de peso; en cambio, no cede a nadie cuando se trata de improvisar salidas y frases gentiles o de ingenio, tanto en francés como en las otras lenguas, tan grande y sutil es su espíritu.

A nosotros, la gente común, nos conviene hablar y practicar esas lenguas, si las conocemos; pero debemos dominarlas para no caer en el ridículo. Y si sabemos desenvolvernos en ellas, nos querrán y honraran tanto los pequeños como los grandes; así me sucedió en una ocasión en que hablé con el rey de España, el cual me tuvo en más cuando me oyó expresarme en su idioma, según dije en otro lugar; pues, en verdad, yo lo hablaba muy bien entonces, y él se sorprendió y me trató excelentemente. Permítaseme alabarme por ello de pasada.

De buen grado me extendería en este hermoso discurso si tuviese el talento y buen decir del citado señor de Lansac, a quien sigo en casi todo lo dicho. Él era gran experto en tales materias, por haberse hallado en muchas ocasiones, hasta treinta y más, en diversos países y embajadas. Y aquí me detengo, no vaya a enredarme. Y vuelvo a mis rodomontadas, bien mohíno de haberme alargado tanto en esta digresión.

Cuando el rey Enrique II sitió la ciudad de Dinant, la hizo bombardear con tanta furia que los defensores sólo esperaban el asalto general y su completa ruina. Sin ánimo para resistir mucho, acordaron enviar a Su Majestad al capitán del castillo y a un capitán de la ciudad, para parlamentar. Se les concedió que si rendían la plaza y abandonaban la artillería y demás armas, excepto las espadas y dagas, podrían salir sanos y salvos. Enterado Julián Romero, jefe de una compañía de soldados españoles, le pareció impropio y enojoso salir sin todas sus armas, y queriendo atraer al condestable (que llevaba la negociación) a concesiones más honorables, fue a su encuentro y le expuso estas razones, ciertamente bravas y graves:

"Monseñor, si de todas las artes no hay mejor juez que los mismos oficiales, así pues no hay señor ni capitán que haya mejor tratado y

practicado las armas como Vuestra Excelencia, yo espero tanto en ella que las favorecerá hoy, de todo su poder, hacia nosotros soldados españoles, recogiéndonos y tratándonos no como vencidos, mas según nuestro valor y ánimo, que en cuanto a mí toca, he querido confiar en la suerte dudosa de una pelea singular y desafío, algunos años hay, a Fontainebleau, delante de la majestad real del rey Francisco, más bien que padecer alguna deshonra y afrenta, y hacer cosa poco digna de soldado, y hombre honrado, apreciando mucho más mi honra que mi sangre y mi vida, la cual siempre de buen ánimo he empleado en tantos millares de peligros, pasando y repasando tantas tierras y mares, y solo, esto para ganar gloria y loor, en que fortuna, amiga de los bravos y valientes, ha sido tan agradecida que me puedo nombrar entre los que ganaron algo por sus esfuerzos y proezas, por mi soberano bien, del cual me puedo alabar y aventajar, siendo las armas la cumbre de mi todo, y el fondo de mi nada; las cuales armas teniendo perdidas, quiero que la gente me tenga en poca estima; y si tal es mi desdicha que las dejemos, queremos más presto todos nosotros, como desesperados, que si nos faltan los remos, ayudarnos de las velas y combatir hasta morir, y mostrar por desesperación que más presto queremos morir con las armas en las manos, que salvarnos sin ellas como soldados bellacos. Por eso, Monseñor, yo y mis compañeros suplicamos a su sacra Majestad que nos deje ir y salir con tal condición y partido noble y generoso, y se contente de esta tierra, la cual tantos grandes y príncipes no pudieron tomar otras veces; y haciéndonos esta merced, justamente se podrá llamar el rey augusto vencedor por tal ilustre tratamiento hecho a valientes soldados vencidos, no por falta de corazón y ánimo, mas por mala suerte".

A estas palabras, tan excesivamente audaces para un vencido, respondió el condestable, por naturaleza muy impaciente con los fanfarrones y diestro en cortarles y meterlos en cintura cuando se lo proponía, como yo he visto a menudo: "Querido capitán, yo os tendría en mucho si vuestra fuerza se correspondiese con vuestras palabras y buen deseo, que tanto queréis hacerme creer. Pero veo claro que no conocéis vuestra fortuna, o que lo disimuláis. Y que queréis, por ventura, crear nuevos derechos de guerra imponiendo

la ley el vencido al vencedor, y reservándoos una ventaja tan grande como las armas, y no sólo sobre mí, que harto sé lo que valen, sino sobre un rey joven y valeroso, presente en este asedio, que no cedería, no ya a vos (con quien no tiene otro parangón que el del cielo con lo más bajo de la tierra), sino al más grande príncipe del mundo. Y creo que en vuestra petición os contradecís, porque presentáis tan poderoso a nuestro rey (cosa bien conocida en todas partes, sin necesidad de vuestras palabras) y al mismo tiempo pretendéis triunfar sobre él y reservaros el honor que él más ansía, como indicando que por muy gran príncipe que él sea, vos no entendéis serle inferior por la conservación de las armas y la reputación del honor. En verdad, buen señor, me divertís, y tendría gracia que el tomador quedase por tomado y el vencedor por vencido; y que quien hace temblar tierras y mares cediese en reputación de armas a un pajarillo como vos. Pues bien, ¿sabéis lo que conviene? La mejor gracia que se puede conceder a los desdichados es hacerles ver cuanto antes su desdicha. Y así, la mejor noticia que puedo daros es que si no aceptáis de inmediato el arreglo que os he propuesto, os retiréis sin más; porque antes de que den las cuatro os habré rendido por asalto sin daros lugar a cambiar de opinión; y os aseguro que si escapáis a la espada no os faltará la soga, para que aprendáis a capitular con quien tiene en sus manos vuestra vida y vuestra muerte".

La respuesta del condestable fue digna de un tal capitán, y puede decirse que a buen envite, buen rechazo. El capitán quedó atónito pero pidió aun, para su mal, que al menos él con otros doce pudieran salir con sus armas. Entonces el condestable, con hábil ardid de guerra, hizo advertir a los demás españoles que Romero no abogaba por ellos, sino sólo por sí y una docena más de su elección, dejando a los demás en pleno a merced de la espada. Y los restantes españoles, engañados, aceptaron el mismo acuerdo con los alemanes y los flamencos, y salieron todos juntos, para desesperación de Romero, que quedó preso con nosotros.

Conozco esta historia por los franceses que allí estuvieron, y el mismo Julián Romero me la contó, mejor que yo la cuento, cuando íbamos a Malta, entrando por el Faro de Mesina. Llegaban entonces detrás de nosotros quince galeras de Sicilia con buen viento de popa, con la bastarda. Y pese a estar muy lejos de ellas, casi tocando Mesina, en un momento alcanzaron a nuestras pobres fragatillas, que eran doce o trece, y apenas habíamos tomado puerto y tierra cuando aquellas hacían lo mismo. Las galeras venían de reabastecer La Goleta con víveres, municiones y soldados, por temor de una venida del Gran Turco, como había ido sobre Malta. Entre los buenos españoles de las galeras se encontraba el citado Julián Romero, quien, al informarse de que éramos franceses, atracó en el puerto y vino a saludarnos con suma cortesía y, en tanto esperábamos a los que habíamos mandado a la ciudad a buscar alojamiento, departió ora con los señores Strozzi y Brissac, otra con otros, y nos paseábamos a lo largo de aquella hermosa plaza portuaria, cerca de su bella fuente; y se alegró de dar conmigo, porque sólo yo hablaba español entre todos los gentilhombres allí presentes; y lo hablaba con fluidez, pues no hacía más de un año que había vuelto de España. Y entre otras cosas, el señor Julián me pidió noticias de Francia y del condestable, y de cómo le iba en la vejez. Se las di buenas y se contentó de ellas, dijo, y alabó al condestable contándome cómo éste le había metido una vez el mayor miedo que había pasado en su vida, relatándome la anécdota ya citada, con mucha amenidad: tanta que nunca escuché mejor labia, pues era elocuente a la manera de los soldados.

Me confesó también su temor de que el condestable o el rey le hubieran dado mal fin de vida, tanto le habían amenazado y reprochado porque, después de haber recibido mucho honor en la corte del rey francés, el cual le había concedido el derecho de liza, no hubiera agradecido el favor, yéndose en cambio, de propia voluntad, a servir al rey de Inglaterra en la guerra de Boulogne, hallándose en treguas el emperador y su Majestad Cristiana. Pero me explicó cómo ello se había debido a la irritación del emperador contra él, por haber elegido campo en Francia. No obstante hizo lo anterior a riesgo de su vida, porque el condestable era muy duro en tales asuntos.

Aquel desafío señaló el comienzo de la reputación del citado Julián, aunque tampoco fue nada que valiera la pena, según cuentan

muchos gentilhombres aun vivos, y provocó más irrisión y burla que otra cosa. Hasta el punto de que el rey arrojó, despechado, el bastón y gritó por tres veces: "No te quiero mal, señor Juliano", al ver que el contrincante de Julián no combatía a ultranza, pese a serle favorable la fortuna al principio. Y de ahí salió el dicho corriente mucho tiempo en la corte de Francia: "No te quiero mal, señor Juliano", aplicado cuando alguien rehuía la lucha. De todas formas obtuvo algo más de honor Juliano que el otro, y de ello se vanaglorió toda su vida, invocándolo con otras bellas aventuras corridas por su emperador y su rey en diversas campañas, sirviendo a los cuales murió al fin, honrosamente en las guerras de Flandes.

Antes de seguir, diré que todos los bravos, caballeros y capitanes, deben reflexionar sobre la respuesta del condestable; porque en sus sentencias y aviso no hay palabra perdida, especialmente en la braveza que usó con aquel bravo. En relación con ello contaré una anécdota: cuando íbamos con nuestras fragatas a Malta, desde Mesina, paramos para dormir en una pequeña ciudad entre Mesina y Siracusa, llamada Catania, donde dicen que saltó la primera chispa de las Vísperas Sicilianas. Al llegar, la ciudad había cerrado sus puertas, y nos pusieron dificultades para entrar. Había entre nosotros un capitán provenzal que quiso divertirse, porque chapurreaba malamente el español, y se presentó en la puerta para pedir paso, en plan más fanfarrón que cortés. Entonces un soldado español, poco paciente, se adelantó y empujó con descortesía al citado capitán, para apartarlo de la puerta. El capitán le pregunto: "Soldado, ¿qué queréis hacer?". El otro bravucón contestó: "Tratarte de bravo, porque hacéis de bravo. Váyase: apártese de aquí; y acuérdese de las Vísperas Sicilianas". Un honrado gentilhombre francés que hablaba muy bien español y a quien por su gloria no nombraré, se dirigió al duro español, a quien tan pronto le oyó se le acercó muy alegre: "Voto a Dios que tal hablar me place", y dijo al otro: "Apartaos de aquí, barragoyno: no quiero hablar con vos; yo hablo con este caballero muy gentil hablador". Y llegándose al gentilhombre le abrazó al modo soldadesco, y se pusieron a pasear, charlando sobre nuestro viaje, y después fueron a cenar juntos. El gentilhombre francés invitó y el otro aceptó galanamente, pues les encanta comer bien, tanto como a nosotros, siempre que no sea a sus expensas; de otro modo son capaces de dejarse morir de hambre. Hubo de retirarse el capitán por haber corrido rumores de lo pasado, aunque de todas formas el asunto se olvidó. Como en todas partes hay de todo, tanto gente cortés como arrogante, nos

dejaron entrar amablemente en la ciudad, y dormir y vivir con nuestro dinero.

Viene a cuento un gracioso caso que me ocurrió en Paris, al comenzar las primeras guerras civiles. Cuando fue llevado a Etampes el campamento para asentarlo allí, yo envié todo mi equipaje por delante, y me demoré en Paris por negocios pendientes o, mejor, por un asunto amoroso, y luego tomé la posta para reunirme con el ejército en Etampes. Sólo llevaba a uno de mis hombres, el postillón. Encontrándome entre las dos puertas de Saint Jacques, he aquí que se acerca la guardia, que era grande y nutrida, y actuaba muy estrictamente en aquellos momentos. Y viene, entre otros, un hombre alto y de gran barba, comerciante del barrio de Saint Jacques, portador de una gran alabarda y una coraza, el cual detiene con mucha rudeza a mi postillón y sujeta la brida de su caballo. Yo me adelanto y grito: "iVoto a Dios! iEh, hombre de la barba! ¿Qué vais a hacer?". Él vino a mí enseguida y, presentándome la punta de su alabarda, me espetó: "iVoto a Dios, señor sin barba, os voy a arrestar! ¿Y vuestro pasaporte? ¿Ignoráis la ordenanza que prohíbe salir sin salvoconducto del preboste de los comerciantes?". De pronto me vi rodeado de cientos de espadas, picas y alabardas. Hube entonces de mostrar mi salvoconducto (pues lo tenía) y advertirle que lo pidiera más educada y suavemente, porque yo no me bastaba para hacer frente a un cuerpo de guardia tan numeroso. Con todo, después de pedir excusas, nos separamos amigos. Al llegar, conté lo sucedido al señor de Guisa, a quien hizo gracia tanto la pregunta como la respuesta, y rió a gusto, igual que otros miembros del ejército a quienes lo relaté; porque, como dijo Guisa, dos bravos bravearon, y los dos salieron bien librados.

Cuando el duque de Alba pasó a Flandes a causa de las guerras civiles promovidas por los "mendigos", no quiso servirse de otra infantería que la española. iPero qué infantería! Una de las más excelentes que jamás se hayan puesto en campaña, porque eligió, entre todos, los tercios de Lombardía, de Nápoles, de Sicilia y de Cerdeña. Y con esta selección formó un cuerpo de hasta diez mil soldados, magnífico y bien provisto, sin la menor tacha en las armas, ni en el alarde de vestuario ni en calidad y virtud de los hombres, y

tampoco en el abastecimiento de víveres o en las pagas; y hasta en sus cortesanas, que en su ornato parecían princesas. En suma, nada le faltaba. Y al pasar cerca de la frontera de Francia, por Lorena, los caminos se abarquillaban, por así decir, de la gente que fue a contemplarlos. Preguntados por qué el duque no había querido otra infantería, fuera italiana o alemana, algunos respondieron: "Porque conoce bien que con singular valor de nosotros, Españoles, ha de alcanzar en esta guerra el clarísimo nombre de gran capitán, más que ningún otro que nunca fue". Y, en verdad, con sólo sus armas hizo temblar a todo aquel país, remitiéndolo a su anterior lealtad.

Conversé una vez en el castillo de Milán con un veterano de paga muerta, que había consumido su vida en las guerras del emperador Carlos, y me contaba cómo éste prefería a las tropas españolas "porque como buenos oficiales y labradores, habían tejido con sus propias manos la corona de laurel que llevaba alrededor de la cabeza, no temiendo dar fin a sus vidas, para hacer vivir la fama de él y de ellos".

Un simple soldado, sorprendido en un hurto, fue condenado a perder una oreja. De lo cual se quejó así: "¡Una oreja, maldición! Mas querría yo morir, que sufrir tal afrenta. En tanto dijo el capitán, concédase esta gracia a este soldado tan deseoso de su honra". Así prefirió ser pasado por las armas a vivir con una oreja cortada.

Me gusta también el caso de un soldado gascón, a quien, cuando subía una escalera del patíbulo, vino una mujer a pedirlo por marido, según se hacía antiguamente siguiendo la ley de los godos. Él, viéndola coja, fea, muy contrahecha y de andar difícil, exclamó: "¿Qué haría yo con esto? Sólo tendría disgustos y molestias". Y dijo al verdugo: "Pinge, Pinge", que en gascón significa: "Cuelga, cuelga"; y el verdugo obedeció. El caballero prefirió una horca a quedar sujeto a un bicho tan feo. Se ve que era hombre muy mirado de su comodidad, y que odiaba la fealdad.

En las primeras guerras civiles, cuando hubo que asaltar los arrabales y el *portereaux* de Orleans, el finado duque de Guisa mandó a los franceses atacar por un lado y a los españoles por el otro. A la cabeza del regimiento español venía un joven soldado que destacaba sobre los demás por sus armas, su arcabuz y hermoso

equipo. Tenía mucho estilo en modales y ropaje: vestía un jubón de satén amarillo, cubierto con pasamanería de plata y calzas a franjas de los mismos, y un sombrero de tafetán negro cubierto de plumas amarillas, todo muy agradable de ver. Además era de rostro agraciado, y apuesto, gentil y esbelto. En fin, tal aspecto tenía que el duque de Guisa pregunto a don Carvajal, que lo mandaba, quién era aquel joven, pues por su continente parecía de buena casa y valeroso. Carvajal le informó que era de la casa de los Mendoza, que en todo había dado grandes personajes; y con esto se lo presentó, para saludar a Guisa. Éste lo recibió muy cortésmente, y Carvajal comentó al joven la buena impresión que había causado al duque, y cómo éste le había preguntado por él. Haciendo una reverencia al señor de Guisa, y dándole las gracias con modestia, el joven respondió: "Monseñor, hoy o moriré con honra, o mudaré mi color amarillo en colorado, por alguna sangrienta y noble herida; o dejaré alguna ilustre señal de mi nombre, por la merced y favor de mi general, que ha preguntado por él". Y como prometió, lo cumplió, pues enseguida, al avanzar en primera línea, recibió un gran arcabuzazo en el lado izquierdo del cuerpo, aunque no murió de él. El señor de Guisa le hizo cuidar con mucho cuidado, y dos días más tarde lo embarcó para Bloys con otros heridos, y lo recomendó a la reina por medio de Jehan Baptiste, al que llamaba su compadre. Fui testigo de todo ello.

Por cierto, aquel joven gentilhombre español hizo honor a su palabra mejor que cierto gran señor extranjero, cuyo nombre callaré por su calidad, que conviene honrar. Éste se pasó al rey Enrique por haber recibido un grandísimo agravio del emperador Carlos, quien había hecho matar a su padre, aparte de haber perecido un hermano suyo en un asedio al servicio del rey. Algún tiempo más tarde, el rey Enrique fue a librar batalla contra el emperador en Valenciennes, y ya el día anterior el ejército marchaba en formación de combate, porque se creía al emperador más próximo de lo que estaba. Entonces el dicho señor, armado de pies a cabeza, se presentó al rey y, sacando su espada, dijo: "Señor, hoy con esta espada quiero vengar la muerte del padre y el hermano". Y como el rey le felicitara por su bello propósito, él, enardecido, picó a su

caballo para hacerle dar unas pasadas. Pero el caballo era un tanto rudo y robusto, y encontrando al jinete ligero de asiento, se le ocurrió deshacerse de él y tirarlo a tierra, obligándole a hacer la conversión de San Pablo. Y el señor gritaba: "iAy, yo! Estoy medio muerto", mientras los jóvenes que rodeaban al rey Enrique se hartaban de reír y le ayudaban a levantarse. Aquel día no se había logrado entablar combate, pero al siguiente se tenía la certeza de luchar, porque los dos ejércitos no podrían echarse ya atrás. Y entonces aquel señor, viendo que llegaba el momento de obrar, exclamó: "iCómo! iNo hay ningún río, ni bosque ni monte entre nosotros y ellos! Esto no es bueno".

Bien deseaba cualquier obstáculo de montaña o pantano, de río o arroyo que le resguardara del encuentro; pero no le fue preciso. Que si el emperador hubiera picado, nunca hubo mejor campo de Martes; pero eludió el choque construyendo fuertes defensas junto a la ciudad de Valenciennes, y así en aquella ocasión no se jugó la partida a fondo, sino por ligeras escaramuzas. Ello produjo gran contento al señor que antes había clamado y amenazado venganza, pues no deseaba lo más mínimo llegar a las manos, excepto por fanfarronería, que le valió aun menos que antes. Conozco el caso por el señor D'Uzais, que lo contaba con la mayor gracia. Tres años más tarde, el citado señor y su hermano y toda su casa abandonaron el partido del rey y, sin la menor consideración al agravio recibido, abrazaron el del emperador.

## VII

El día de la batalla de Cerisola, tan pronto el marqués del Vasto reconoció nuestro ejército en marcha contra él, se dirigió a los hombres a pie españoles: "Ea, soldados; aquí están, a mi parecer, los gascones, vuestros vecinos, y casi hermanos: a por ellos. Que si son vencidos, somos vencedores de los otros, ni más, ni menos que cuando un cuerpo está derribado y caído en tierra, todos los otros miembros quedan sin fuerza y sin valor". He aquí una gran loa de los gascones, atribuyéndoles aquel día la fuerza del ejército, como si fuesen el verdadero cuerpo, abatido el cual no se sostendría el resto. Me contó la anécdota el señor de Grillé, bravo y atrevido gentilhombre provenzal, a quien el rey haría senescal de Beaucaire por su valor, y que en aquella batalla fue capitán de una compañía de infantes. Hablaba bien el español, porque había sido capturado en Therouanne y vivido entre ellos tres años, como prisionero.

Se hallaban en la corte de España, a la vuelta de la conquista de Vélez, muchos caballeros gentilhombres, capitanes y otros que habían estado allí, y acudían a la corte para saludar al rey y hacerse señalar y reconocer. Y estando yo en la tienda de un mercader, vi pasar a un joven gentilhombre de atuendo abigarrado y extravagante, con muchas plumas de colorines en su gorro, jinete en un hermoso caballo de España engualdrapado de terciopelo, y atusándose el bigote a cada paso del animal: en fin, que se pavoneaba como un verdadero fanfarrón, un tipo resuelto, más o menos. Pregunté por él a un capitán que estaba comprando, como yo, en la tienda, quien podría ser un individuo tan aparatoso, y me respondió brevemente: "Es aquel que tomó el peñón de Vélez, y allí nunca fue. Dejadle ir, señor, y volar a todos los diablos, con sus plumas, que tan mal hace el valiente".

También me agrada la anécdota de un gentilhombre toledano que amenazaba cada día con irse de viaje a las Indias, y nunca se iba. En una ocasión apareció con un sombrero repleto de plumas, y alguien hizo este chiste de él: "No es posible que no se vaya ahora este virote, pues que está tan bien emplumado". Aludía al virote o flecha de la ballesta, el cual se dispara mejor cuando está bien emplumado.

Se hacía entonces gran suceso de la conquista de Vélez y su peñón, una alta roca con una fortaleza de muy difícil acceso. Dentro de ella habría unos sesenta turcos de nación, que se asustaron y huyeron sin haberse sostenido más de cuatro días. La armada atacante era muy fuerte, con más de diez mil hombres y setenta galeras, mandada por don García de Toledo, virrey de Sicilia. De ello fui testigo.

He oído relatar en España a viejos capitanes y soldados que Gonzalo Pizarro, habiéndose alzado en rebeldía contra el emperador Carlos, le hizo grandes guerras civiles en las Indias, en las cuales no perdió ninguna batalla o encuentro, excepto la última. Y habían combatido hasta el extremo él y su gente, "no como leones, sino como verdaderos españoles", dándose a entender que ellos eran más bravos y osados que los leones. Y viéndose al límite, con toda su tropa deshecha, preguntó Gonzalo a uno de sus camaradas y capitanes, llamado Juan de Acosta: "¿Qué haremos ahora, que hemos quedado solos?". "Vayamos -respondió Acosta- contra La Gasca", el cual era capitán del bando contrario. "Vamos pues repuso Pizarro-, vayamos a morir, como buenos y verdaderos cristianos", considerando acción de buen cristiano rendirse antes que huir. Pues se dice que jamás sus enemigos le vieron la espalda. Y viendo cerca de él a Villavicencio, le preguntó quién era, y el otro contestó "que era sargento mayor del campo imperial". "Y yo soy Gonzalo Pizarro, el desdichado", dijo éste, entregándole su espada.

Pizarro marchaba con arrogancia y regio continente. Montaba un caballo hermoso y robusto, hecho herrar aquel día con trece clavos en cada pie, a fin de que no fallase en la tarea; iba armado con una cota de malla y una coraza muy rica, y sobre ella una casaca de terciopelo, y en la cabeza una borgoñota de oro, tan bella como valiosa. El sargento mayor estaba muy ufano de haber hecho tal presa, y al instante lo llevó ante La Gasca, que era el verdadero comandante. Éste le preguntó si creía justo haber puesto aquel reino

en facción y rebeldía contra el emperador, su señor y soberano. Pizarro afirmó: "Yo, y mis hermanos, habiendo conquistado estas tierras y países, a nuestras costas, trabajos, gastos y sangre, no hemos pensado pecar contra Su Sacra Majestad guardándolas, y rigiendo, y gobernándolas, como legítimos señores y conquistadores".

Entonces Gasca mandó retirarlo de su presencia. Y muchos soldados ganaron, cada uno, más de cinco o seis mil pesos de oro por su captura. Al día siguiente de su apresamiento fue condenado a muerte, siendo conducido sobre una mula con las manos atadas y una caperuza sobre los hombros, para ser decapitado. Murió como buen cristiano, expresándose por signos y sin decir palabra, con autoridad y ademán grave y severo. Su cabeza fue llevada a la ciudad de los reyes, y colocada sobre un pilar de mármol, y dentro de una rejilla de hierro, con esta leyenda: "Aquí está la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, el cual dio la batalla en el valle de Xacusañava contra las banderas y estandarte real del emperador su señor, el lunes, 9 de abril de 1548".

Así fue el fin de Gonzalo Pizarro, nunca vencido en batalla que diera, y dio muchas. Para que no despojase el cadáver, Diego Centeno pagó al verdugo el valor de las vestiduras, las cuales eran muy ricas, e hizo enterrar con ellas el cuerpo, en la ciudad de Cuzco, pese a haber sido Pizarro su enemigo encarnizado. Digna y bella acción, porque dijo "que no era trato de cristiano, ni tampoco de caballero, injuriar y ofender a los muertos". De pocos se dice y sabe que hayan tenido rasgo tal con sus enemigos. Dios les perdone.

Después de Pizarro fue sentenciado Francisco Carvajal, uno de sus cómplices y capitanes, a ser ahorcado, descuartizado y su cabeza puesta al lado de la de su jefe; y dijo Carvajal: "Harto es, pues que no puedo morir dos veces".

Un soldado gascón, condenado a que le cabezaran el corte, como dice Rabelais, exclamó: "iLa cabeza, voto a Dios! Doy todo el resto por un ardite". En realidad dijo otra palabra, pero es demasiado obscena, así que la callo aunque resultara graciosa, sobre todo al hallarse el hombre al borde de la muerte.

Así dijo también un pobre diablo español a punto de ser colgado: "Harto es. Yo muerto, que me lleven a la carnicería".

Un juez condenó a un hombre a la horca, y el reo, furioso, le espetó que se parecía mucho a Pilatos; pero el juez mejoró su salida: "A lo menos, no lavaré mis manos, para condenar un tan gran bellaco como vos".

No peor habló otro, sentenciado a perder las dos orejas. El verdugo le alzó los cabellos para vérselas y cortárselas, y no encontrándolas, dijo con enfado: "¿Os burláis así de la gente?". Y replicó el penado: "Cuerpo de tal, ¿estoy obligado a dar orejas cada martes?". Pues un martes anterior ya se las habían cortado, pese a lo cual ni había enmendado ni agravado su conducta.

Así se burlan estos pícaros al borde de la muerte. Y no sólo ellos, sino también gentes de mayor calidad y de vida más santa. Por ejemplo, un fraile bernardo se hallaba en la agonía, y un compañero suyo fue a consolarlo y le aseguraba que no moriría entonces, sino que estaba predestinado a morir prelado. Y el agonizante bromeó: "Otro muere prelado, y yo moriré pelado", indicando que moría con la cabeza rapada, como religioso, o bien que había tenido alguna enfermedad febril.

Volvamos a Carvajal, hombre bravo y valiente en hechos, pero también de palabra ingeniosa y, sobre todo, tan cruel que originó un dicho: "Más fiero y cruel que Carvajal". La víspera de su ejecución fue a verle el capitán Centeno. Carvajal era tan arrogante que fingió no conocerle. Centeno le preguntó si no le reconocía, y aquél contesto: "¿Cómo te podía yo reconocer, que nunca te vi por la delantera, sino por la trasera?". iVaya golpe!, mortificando al otro al darle a entender que siempre le había huido en los combates.

Golpe no peor el de una dama de la corte de España, que quería mal a un caballero ido a la última guerra de Granada, y al llegarle el rumor de su muerte, comentó: "No puede ser; porque los Moros no comen carne de liebre". Mezquino ataque, con todo, al tacharlo de cobarde como una liebre, que siempre huye y nunca combate; o aludiendo acaso a la lepra, pues los moros no comen liebre a causa de ella, como no comen cerdo ni otros animales excluidos por su ley.

En cuanto a la crueldad de Carvajal, se le atribuye haber matado con su mano a más de cien hombres durante una batalla. Murió pasados los ochenta y cuatro años. iBravo y valeroso anciano! Se resistió mucho a la confesión. Había sido abanderado en la batalla de Ravena, y antes soldado del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en el reino de Nápoles. Y de buen maestro, buen aprendiz, pues aquél fue uno de los mejores guerreros nunca pasados a las Indias, según se afirmaba entonces.

Las casas de Pizarro y de Carvajal fueron arrasadas y sembradas de sal sus solares, y puestas estas leyendas: "Aquí están las casas de los traidores Pizarro y Carvajal". En el tiempo que estuve en España sus nombres y valor corrían aún de boca en boca, y contaban de ellos actos prodigiosos, y la gente no se saciaba de alabarlos. iLo que es el valor! Porque sea mal o bien empleado, siempre recibe estima, como dice el refrán latino: "Fama, sive bona, sive mala, fama est". Y otros dicen: "Sive bonum, sive malum, fama est". O sea, "cualquier renombre, bueno o malo, es renombre", sobre todo si es de un corazón valiente y generoso, y no pusilánime; porque, en fin, todo corazón generoso que emprende algo grande según su propio criterio, se hace digno de estima y elogio, como opina Maquiavelo.

Con todo, siempre resulta más santo y loable hacer el bien que el mal, pues, en definitiva, el bien siempre es recompensado con el bien, y el mal con el mal.

## VIII

Debo contar esta rodomontada de hecho, magnífica y realmente increíble: "Muchas cosas han acaecido a los Españoles en diversas partes, después que, con invencibles ánimos, andan desplegando sus banderas casi por todo el mundo; por las cuales han merecido entre todas las naciones renombre de inmortal memoria. Y dejadas muchas que por varias historias andas celebradas, el hecho solo de un soldado, el cual indignamente está puesto en olvido, fuerza a creer cuanto sea el ánimo y valor de la gente española. Al tiempo que el marqués de Pescara andaba envuelto en las porfiadas guerras de Lombardía, habiéndose trabado entre Franceses y Españoles una pelea, vino a herir una bala a Luis de la Seña, soldado, que estaba puesto en fila en su batallón de infantería, y no valiendo la defensa del coselete, le entró la bala en el cuerpo. El animoso soldado, sintiendo que la bala bajaba por los vacios a las tripas, apartándose un poco de su ordenanza, con incomparable esfuerzo y osadía, sacando un cuchillo, se hizo una pequeña abertura en la barriga, por donde (cosa que parece fabula) hizo salir la bala: y volviendo con los dedos las tripas para dentro, con ánimo nunca visto, hizo con la punta del cuchillo de una y otra parte, algunos agujeritos en sus mismas carnes; y pasando por ellos la agujeta cosió con grande constancia la abertura que había hecho; y vuelto a su fila, no se conoció en su semblante el martirio que de sí, con sus manos, había antes hecho; y parecía de los muy sanos, aquel que tenía el cuerpo tan mal dispuesto; hasta que de ahí a poco rato le hirieron de un arcabuzazo en la ceja, y le quebraron un ojo, por lo cual fue necesario que le sacasen del batallón, y con no menos diligencia que admiración curado, vino a Valladolid donde estaba el emperador don Carlos, y mostrando el testimonio de su valentía, Su Majestad le hizo merced de cien ducados de renta para siempre".

Creo que después de ésta no es preciso aportar otra anécdota que ilustre la grandeza de ánimo española. Tal rodomontada bien vale

por cien de palabra. No sabríamos a quién elogiar más, si a este soldado español o a M. Sceva, uno de los soldados más distinguidos y preferidos de Julio César. Aquél había combatido en diversas batallas, encuentros y combates en la Galia, y se había señalado como uno de los más valientes y resueltos militares. Llegada la guerra entre César y Pompeyo, el gran combate que entre ambos se dio en Dirraquio, aquel soldado, con un ojo reventado y el cuerpo traspasado en seis lugares y el escudo agujereado por ciento veinte flechas todavía hincadas en él, se arrojó intrépidamente al mar y logró salvarse a nado. Fue al encuentro de su general y, después de haberse portado tan bien, aun se acusaba de presentarse al César sin sus armas (cosa ilícita en la milicia romana): "Ah, mi emperador, perdóname por haber perdido las armas". Pero César no le reprendió sino que, alabándole más que a ninguno, lo elevó al empleo de centurión.

Conocí a un bravo, rudo y valiente gentilhombre de Bretaña, llamado señor de Mareuil, de muy buena casa, criado como paje de honor del rey Francisco I. Y en la batalla de Dreux, ya con sesenta años, hizo cuanto se puede pedir a un guerrero, de lo que recibió tres heridas, una de un pistoletazo en el brazo izquierdo, y las otras de espada en el cuerpo, a pesar del arnés. Sintiéndose débil por la sangre que vertía, y manchado también de la sangre de enemigos, fue al encuentro del duque de Guisa y le dijo, mostrándole sus heridas: "Señor, le suplico juzgue y me diga si estoy en condiciones de seguir luchando o debo retirarme para ser curado. Pues si me creéis bueno todavía para volver a la carga, y así lo queréis, allá voy para el remate; si no, y si os place enviarme a que me curen, me voy; pero no iré en modo alguno si vos no lo ordenáis". "Sí respondió Guisa-, sí, señor de Mareuil, quiero que vayáis a que os atiendan, y os lo ordeno aunque no lo quisierais vos. Bastante habéis puesto de vuestra parte". Yo estuve presente una tarde en que el señor de Guisa contó la anécdota. Y el citado señor de Mareuil recibió tan buen socorro y cura que se salvó y vivió más de quince años, siempre tan bravo y valeroso, y siempre arriscado y pendenciero y buscador de guerella. Un año antes de morir sostuvo todavía un desafío con Saincte Colombe el tartamudo, hombre muy

bravo y altanero y valiente, y fueron descubiertos cuando iban a batirse, sin que se lo impidieran, si bien al final se reconciliaron. A este señor de Mareuil le recompensaron sus meritos con la orden de San Miguel, poca cosa, por ser común en exceso: él merecía bienes y honores más altos.

Los soldados españoles venidos en la primera incursión del príncipe de Parma sobre Francia, decían "que eran todos de una voluntad, a saber, de morir o vencer, y prontos al mando de su general; y en su armada, el resplandor de las armas de los soldados, hacía más lucientes los rayos del sol; de manera que con aquellas lucidas armas, y con las ricas cubiertas y penachos engalanados parecían una muestra de una florida huerta, que presentaba allí el orgullo de corazón, y daba señal en los colorados rostros, tanto que solo con el aspecto ponían pavor, y manifestaban a los enemigos el peligro tan cierto como sus presencias". Bellas frases, ciertamente, sobre todo las dos últimas.

Un soldado raso español me alababa a su rey: "Ninguno hay en nuestros tiempos entre los príncipes cristianos y moros, a quien se debe acatamiento y obediencia, como el católico rey de España, mi señor, cuyos notables hechos, subidos hasta las estrellas, oscurecen los de los emperadores. Y no es menester que lo diga: díganlo los reinos y reyes por él vencidos; dígalo todo el mundo".

El duque de Alba conquistador del reino de Navarra para Fernando, se aprestaba a ser sitiado en Pamplona por el rey Juan de Navarra, que llegaba apoyado por las fuerzas francesas enviadas por Luis XII y dirigidas por el señor de Angulema, entonces joven príncipe y más tarde rey de Francia, y por el señor de La Pallice. Los habitantes de Pamplona hicieron notar al duque las escasas fuerzas disponibles para hacer frente a un ejército tan fuerte, y él respondió: "Más gente no deseo que sean, porque más honra a los pocos queda". Los pamploneses, haciendo poco caso de esta honra, dijeron: "Con poca gente, mal se gana". Buen respuesta la del duque a quienes quieren ganar sin arriesgar, y primando ante todo el honor.

Pelópidas habló muy de otro modo cuando se preparaba a marchar contra el tirano Alejandro y fue advertido de que su enemigo disponía de muchas más tropas que él: "Cuantos más sean, más mataremos". La frase muestra un espíritu más inclinado a la matanza que al honor. Por el contrario, otro capitán español sostenía que: "Donde hay más afrenta, allí más honra se gana".

Y otro le preguntó cómo braveaba tanto, teniendo tan poco de qué jactarse. Y él respondió: "Hombre chiquito, si no bravo, no vale nada". Y he conocido, por cierto, infinidad de hombres menudos sin mucho de qué pagarse; sin embargo, se estiran sobre la punta de los pies con sus gentiles chinelas o, por mejor decir, sus zancos de corcho; y muchos se alzan más de lo que pueden y se torturan con posturas difíciles, por mejor aparentar. En fin, son mirmidones armados de escudos para hacer la guerra a las grullas, y les gustaría estar siempre subidos a los campanarios, para hablar más alto. Pues los hombres bajos no se conforman con su menudez, sino que ansían ser altos. Aunque tampoco conviene ser exageradamente alto, pues he conocido a muchos de ellos menos hábiles que los pequeños, y hasta de arte y naturaleza bobalicona e insípida, y ni siguiera más valientes, sino muy flojos. Además, en el combate se les divisa fácilmente y, peor aún, están expuestos a que les corte las corvas cualquiera que se lo proponga.

Según se cuenta y lee, cuando el gran sultán Soliman atacó Hungría y Viena, los suyos apresaron en una fortaleza a un lansquenete de estatura tan extraordinaria que se le tenía por un milagro de la naturaleza, de modo que fue entregado a Solimán con la idea de ser incluido en su guardia. Pero, en lugar de ello, el sultán aprovechó para divertirse con bárbara crueldad; hizo atar al gigante por los brazos y los pies, y ordenó que lo colocaran de pie en una sala, y que luchase contra él, a estocadas, un enano que le habían regalado y a quien mimaba. El enano, armado de su espada, tenía tan poca fuerza y asestaba tan mal los golpes, ya en los muslos, ya en las corvas, ya en el cuerpo cuando lograba alzarse hasta él, que tardó más de una hora en dar muerte al gigante, mientras este pobre hombre paraba y esquivaba con suma dificultad. Al fin cayó por tierra y el enano le remató como pudo; y así proporcionó diversión a Solimán y a algunos pachás y grandes de su corte. En ello podrían encontrar placer o motivo de risa gentes bárbaras y

crueles, pero no nosotros, que somos cristianos. Yo creo que los romanos nunca idearon un tal pasatiempo.

He leído en un libro español llamado *La conquista de Navarra*, que el rey Juan de Navarra envió un heraldo a los duques de Alba y Nájera, ambos generales del ejército (cosa no muy buena, "porque una hueste gobernada por dos capitanes generales, nunca bien se conserva") a pedirles batalla cerca de Pamplona. Y ellos contestaron "que allí no la querían dar, sino en los rasos campos de Burdeos, en donde enderezaban su camino, para conquistar toda la Guyena". Esto ni lo hicieron ni pensaban hacerlo, por su excesiva dificultad; pero tuvieron que lanzar la jactancia.

Después de la batalla de San Quintín, los españoles decían: "Este día perdieron los Franceses el nombre que Tito Livio les daba, diciendo: 'Galli sunt gloria belli'. Pero no deberían burlarse así porque, como ellos mismos señalan, "las cosas de la guerra van mal al tiempo que más sin pensarlo están".

Cuando el emperador llegó a Metz, siguiendo a su ejército, en el campamento celebraron su venida con grandes hogueras, salvas y otras grandes señales de alegría. Los sitiados, estando en alerta de su llegada, y temiendo ser objeto de un desaguisado en cualquier momento, encendieron fuego en las ventanas de toda la ciudad, y fogatas en las murallas, de suerte que los españoles comentaban "que era cosa maravillosa los fuegos, luminarias, y antorchas, que estaban en la ciudad, de manera que parecía cosa encantada. No menos el real del emperador era visto claro y radiante por la muchedumbre de fuegos que parecía otro cielo estrellado".

Sitiado el duque de Alba por el señor de La Pallisse, esperaba el asalto, y exhortó a los suyos con estas palabras, entre otras: "Bien creo, caballeros, que no podré acrecentar vuestro esfuerzo con mis palabras, y también soy cierto que la vista de la batalla no os da miedo. Aquello que muchas veces deseasteis habéis hallado, que es veros con vuestros enemigos, y no solo vuestros, sino de Dios. Todo lo que me toca de estado y con mucha diligencia lo he hecho: lo demás pende de la virtud de vuestros corazones y fortaleza de vuestros brazos; os ruego os acordéis del nombre de España, que nunca supo ser vencida. Y si me queréis responder que de eso no se

pueden alabar los españoles, pues están sus banderas en poder del enemigo después del día de la batalla de Ravena, yo así os lo confieso; mas mirad que tan sangrienta victoria tuvieron, que los mismos Franceses confiesan que pluguiera a Dios que ellos fueran vencidos, porque no tuvieran la victoria tan llorosa. Acordaos que en la tierra que de bajo vuestros pies holláis, el rey Carlo Magno fue vencido y desbaratado, con muerte de sus doce pares. Decía rey nuestro don Alfonso el Casto, que hay más gloria en conservar lo adquirido, que ganar grandes tierras, no pudiendo sostenerlas. Y porque a los virtuosos mostrándoles el peligro más les crece el esfuerzo, os hago saber que estáis sentenciados por los Franceses a perder la vida sin ninguna merced. Os ruego que así la vendáis, que primer vuestros matadores, que vuestra sangre, caigan en el suelo. Y porque veo ya las banderas de los enemigos acercarse, os encargo que saquéis de vergüenza el nombre y gloria de España".

Bellas palabras fueron éstas, y de mucho peso, aunque breves. Pues un jefe militar nunca debe entretenerse con largas arengas cuando pronto se vendrá a las manos: los actos son allí más apropiados. Así hacía el gran capitán Julio Cesar, quien, a punto de entrar en combate, no perdía el tiempo en pomposos y largos discursos, como vemos en sus *Comentarios*, sino que se dirigía a sus hombres con brevedad y como valiente militar y capitán. El bravo Catilina, según Salustio, cuando iba a la lucha supo hablar tan bien, y con pocas palabras transmitió tal espíritu a su tropa de rebeldes, que toda ella pereció en el mismo campo de batalla, sin ceder un palmo.

He conocido a muchos grandes capitanes, como el mariscal señor De Strozzi que, según me contó uno de sus capitanes, se burlaba de sus colegas pronunciadores de grandes arengas en momentos tan urgentes y absorbentes. Ciertamente los cónsules romanos han provocado cierta confusión en estas cosas, según las historias que leemos, sobre todo en Tito Livio: pero esas exhortaciones se hacían mucho antes del combate, por ser tal la costumbre; de otro modo la fórmula y sugestión no hubieran valido de nada. Pero cuando llegaba el momento de atacar sin titubeos, habrían sido unos necios si se hubieran dedicado a hacer frases; se habrían encontrado con los

enemigos encima, sin tiempo para calcular la situación y ponerse en orden y en el puesto de combate. Nunca habrían realizado así tales hazañas guerreras ni ganado tantas batallas, sino que habrían sido ridículamente derrotados. Por eso los grandes capitanes, cuando quieren apoyarse en largos argumentos, que el español llama "razonamientos", lo hacen en la vigilia del combate, o una hora antes de él, nunca cuando es inmediato el choque, que pide solo palabras breves y concisas. Guicciardini quiso imitar a Tito Livio con sus arengas y, entre otras, atribuyó una muy prolija al señor de Nemours cuando estaba a punto para la batalla de Rávena; y cierto que fue una muy digna arenga para animar a las tropas, como así resultó, pero cabe suponer que él abrevió mucho su discurso, pues estaban por cruzar el canal y venir a las manos.

Paulo Jovio se entretuvo también en componer prolijas arengas. En fin, bastantes o la mayor parte de los historiadores han hecho lo mismo. Belle Forest ha tenido el cuidado de buscar tales discursos y reunirlos en un volumen muy grueso. Él, que escribió nuestra "Historia de Francia", presenta al señor de Guisa y al almirante Coligny arengando muy largamente en la batalla de Dreux, y no hubo nada de eso. Yo oí hablar al duque de Guisa, y dijo poco y bueno. En cuanto al almirante, no tuvo casi tiempo de hablar, y menos en la última carga efectuada. Ahora bien, he oído atribuir al señor De Strozzi el juicio de que ha sido la gran vanidad de los historiadores la que les ha impulsado a inventar, excogitar y poner por escrito tales peroratas. A los historiadores llenos de viento y pretensión les encanta ilustrar y embellecer sus historias con palabras ampulosas y superfluas. Esos pobres fatuos suponen que sus escritos quedarían defectuosos y mezquinos si no los decorasen con largos cortejos de frases.

Para concluir, en materia de combates sólo se dan cortas arengas, como la del duque de Guisa el grande, el día en que creyó a punto de tener lugar el asalto a Metz, y cuyas palabras puso en verso Ronsard, aunque no fueron tantas como cita el poeta, según me han contado quienes fueron testigos de ellas. Y el original valió más que la copia, pues fue muy hermoso oírle hablar. Guisa no sólo fue hombre de gran ingenio si alguna vez lo fue un capitán, sino que

tenía una magnífica elocuencia militar. Espero transmitir algunas arengas en un trabajo que preparo, con un centenar de discursos militares muy cortos, tanto de nuestro tiempo como de otros. Pero dejo el tema porque, como dice el español, "otras vacas tengo que guardar y otras ovejas que trasquilar".

Y vuelvo sobre las palabras de aquel gran duque de Alba, el cual no ocultó a los suyos la derrota de Rávena, bien que rebajando mucho nuestra victoria. Sin embargo, digan lo que quieran él y otros, fue grande y señalada para nosotros, y sangrienta para ellos, aunque al final todo resultara en la pérdida de lo que habíamos conquistado en Italia y en Milán. Pero eso tienen de bueno los españoles, que jamás se declaran vencidos y todo lo abonan a su gloria.

Buen ejemplo fue la arenga que el último duque de Alba dirigió a su ejército, y principalmente a sus soldados españoles, unos días antes de la batalla que esperaban presentar al príncipe de Orange, cerca del río Mosa, en Flandes. El de Orange había traído un enorme ejército, pero todo se le fue en humo, gracias a las providencias y sabia conducción de aquel gran capitán, que obligó a su enemigo a refugiarse en Alemania, lleno de oprobio. De ello escribo en otro lugar. El gran duque trajo, pues, a la memoria de sus tropas la lista de las gestas realizadas desde hacia cien años, y metió todo en la columna del haber y de la gloria, ya hubieran sido vencedores o vencidos. Así me lo contó un soldado francés españolizado, que servía entonces en las banderas de aquel país y oyó el discurso. El duque habló en primer lugar de las grandes campañas del reino de Nápoles bajo el capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, de la batalla de Rávena, aunque les fuera desastrosa; les puso ante los ojos la magnífica conquista de las Indias por Hernán Cortés y Fernando Pizarro, a quienes distinguió con este título: "la honra de la milicia española". Relató la espléndida campaña culminada en la ocupación de Roma, al mando del valiente marqués de Pescara, de Antonio de Leiva y del señor de Borbón; y los sitios de Nápoles y Florencia con Filiberto, príncipe de Orange; el levantamiento del sitio de Viena, con la fuga y persecución de Solimán; la conquista de La Goleta, de Túnez y de Gelves; las incursiones en Provenza, en Argel y en

Landrécy, donde los negocios no les salieron bien; la guerra de Alemania, en verdad excelente para ellos, y donde el emperador adquirió mucha gloria; las guerras del Piamonte, de Parma y de Siena ( no ganaron nada en las dos primeras, como demuestra el resultado de Cerisola y la conquista de Piamonte, según digo en otro lugar; Siena la tomaron, pero a un alto coste). Después mencionó el asedio de Metz, muy desdichado para ellos; no olvidó la invasión del duque de Guisa y el fracaso de su empeño. Y vino a concluir con las dos batallas de San Quintín y Gravelinas, que forzaron al rey Enrique, al límite de sus fuerzas, a pedir la paz. Se dejó las tomas de Calais, de Guysnes, de Theonville y el campo de Amiens, donde el rey en persona presentó cien veces batallas, en vano, al rey de España. En fin, contó muchas cosas y no olvidó señalar cómo él era testigo del valor de sus hombres, por haber sido varias veces lugarteniente del emperador Carlos. Puede disculparse esta jactancia de sí y de sus soldados, pues de otro modo no podría expresarse la vanidad española. Como vemos, en esta arenga no imitó gran cosa a su tío el conquistador de Navarra, a quien me referí antes. Algunos han creído que este último era padre del de Flandes, pero no es así, pues el padre fue García de Toledo, muerto en la flor de la vida luchando contra los moros en Gelves, adonde había ido con don Pedro de Navarra, lugarteniente del rey Fernando en la armada que envió en 1510.

Un soldado español retó a duelo a un noble italiano, y éste le contestó que, no siendo él su par en linaje, le enviaría a su mayordomo. El soldado le replicó: "Yo lo otorgo porque, por muy ruin que sea, será mejor que vos".

También cuentan que un gentilhombre francés, desafiado por alguien de no tan buena casa como él, dijo a éste que le enviaría a uno de sus criados. El otro respondió: "Lo prefiero, porque no me enviará a ninguno que no le aventaje en valor y hombría, así que alcanzaré más honor batiéndome con él que con su amo".

Todavía lo mejoró un noble de Castilla. Como allí sólo se admite el duelo entre iguales en linaje, y su contrario lo tenía muy inferior a él, dijo: "Decid a él tal que me hago de tan ruin linaje como él, y que se salga a matar conmigo a tal parte".

Muchos grandes han tenido ese rasgo de renunciar por una hora a su dignidad, cargos, grados y órdenes, para enfrentarse a inferiores, en lo cual ganan más honor que escudándose en tales excusas cobardes. Acerca de ese tema tengo un bello discurso.

Los portugueses tenían por costumbre celebrar todos los años con gran algazara el aniversario de la batalla de Aljubarrota. Coincidió que un franciscano había ido aquel día a besar las manos del rey, en plena celebración, y el rey le dijo: "¿Qué os parece de nuestra fiesta? ¿Se celebran en Castilla tales fiestas por semejantes vencimientos?". El franciscano contestó: "No se hacen, porque son tantas las victorias nuestras, que cada día sería fiesta, y morirían los oficiales de hambre". Buena rodomontada para un monje, no inferior a la de un soldado u hombre de guerra.

Al cabo de un tiempo, un franciscano portugués devolvió la pulla, fuese replicando al franciscano español citado o a otro; pues predicando en un aniversario de aquella batalla, representó vivamente el combate (como suelen hacer estos predicadores cuando se salen de su tema): "Nosotros cristianos, estábamos de un

cabo del rio, y los Castellanos de la otra parte". iVaya ataque frailuno!

Nunca portugueses y castellanos se han querido bien. Pude constatarlo una vez, en Lisboa, al entrar en la tienda de un mercader de sedas para comprar algún género. Como yo hablaba buen castellano, pregunté por el dueño a una joven encargada de la tienda. Ella lo llamó diciendo: "Aquí está un Castellano que pregunta por ti". Y cuando él se enteró de que yo era francés, regañó así a la moza: "Bellaca, mal criada, ¿a un hombre honrado como este, no tienes vergüenza de llamarle Castellano?". Hoy día, desde que el rey de España se ha hecho con el reino de Portugal, son grandes confederados y amigos; pero es por la fuerza.

En el combate celebrado en el reino de Nápoles entre doce gentilhombres franceses y doce caballeros españoles, la victoria quedó muy dudosa. Al concluir, el Gran Capitán, que había elegido a los suyos entre los mejores, preguntó al mensajero cómo había ido la refriega. El otro se expresó con ambigüedad: "Señor, los nuestros vinieron a nosotros por buenos". El Gran Capitán replicó: "Por mejores los había yo enviado", indicando que los había enviado como muy buenos y selectos, para luchar mejor de cómo lo habían hecho.

De ahí se entiende que los nuestros no quedaron del todo desbaratados, como pretenden algunos viejos historiógrafos extranjeros. Perdonémosles por querer mal a nuestra nación. Pues quien lea el *Roman de Bayard* verá cómo en tal ocasión los franceses quedamos por encima de los españoles, pese a que éstos acordaron herir a los caballos desde el principio, siguiendo la máxima: "Muerto el caballo, perdido el hombre de armas". El señor Bayardo alcanzó así mucha gloria.

Cuando los franceses perdieron el reino de Nápoles, el Gran Capitán les impuso los tratados y condiciones más justos posible, y les suministró todo lo necesario y caballos que lo transportaran. El general francés, señor D'Aubigny, aunque vencido, quiso fanfarronear y rogó al Gran Capitán que les adjudicase caballos buenos y fuertes para el retorno. El Gran Capitán, interpretando la palabra "retorno" como vuelva a Nápoles para reanudar la guerra, le

respondió: "Volved en buena hora, cuando quisiereis, que siempre hallareis en mí la misma liberalidad que hasta aquí". Réplica buena y bella, y suavemente punzante, digna de tal y tan cortés capitán.

Durante el asedio de Perpiñán anterior al último, el marqués de Cenette pidió un combate singular con lanza; al rato salieron dos caballeros, cuando ya el marqués se retiraba, y viéndoles él, quiso volver al campo, pero su escudero le propuso: "No vuelva V.S. que yo iré y derribaré uno de ellos, V.S. llegará y le cortará la cabeza". Replicó el marqués: "Antes yo quiero ir, y derribarle; llegaréis vos después, y le besareis en el rabo". Bien empleada la respuesta a aquel valentón.

He encontrado en mi vida a tales fatuos que, haciéndose los valientes, aconsejan: "Señor, no vayáis, es peligroso: dejadme ir y no os mováis de aquí". Y Dios sabe lo asustados que están, pese a su gesto y palabras. Debería decírseles lo que el Gran Capitán a otro que le venía con las mismas: "Si no tengo miedo ¿por qué me le queréis meter?"; o lo que dijo un gran capitán de los nuestros a un petulante que yo me sé: "¿Por qué me queréis poner de cobarde, cuando no lo soy en absoluto?".

Un capitán español peleaba con otro en una estacada, y su adversario le cortó un brazo y un jarrete, haciéndole caer en tierra. El otro le intimó: "Ríndete o te cortaré la cabeza". Y el caído contestó: "Haced lo que quisiereis, que aunque me falta el brazo para pelear, me sobra el corazón para morir". Y repitió: "Muera la vida y la fama siempre viva".

En un desafío, un soldado hirió a tal extremo a su enemigo, que éste no pudo más, al punto de que en lugar de pedirle la vida, le rogó le diese muerte. El vencedor se negó, sino que le lisió brazos y piernas, por dos razones que expuso: "La una, porque mas penes en vivir; y la otra, porque puedas dar razón de quien te hirió, y te dio tales cuchilladas". Gran pesar, en verdad, para aquel desgraciado, por tener que vivir así, lisiado por su enemigo, y sin poder vengar el agravio. La muerte le hubiera sido cien veces más deseable.

Otro, oyendo bravear y fanfarronear a un fantoche, le espetó: "Calla, cabeza de soberbia, que ella basta a hacerte morir".

Un capitán vuelto a España de las guerras de Italia, relataba sus prodigios de valor, mientras comía, y un criado que servía la mesa le soltó con frialdad, quitándose el gorro: "Suplico a Vuestra merced me de licencia para que lo crea".

Otro soldado, de vuelta en su patria, se vanagloriaba de haber visto todo el mundo. Uno, tomándole la palabra, le inquirió: "Puede ser que Vuestra merced haya estado en cosmografía". Y contestó el otro, por seguir la broma o por pensar que se trataba de alguna gran región o ciudad: "Señor, llegamos a vista de ella; pero la dejamos a mano derecha, porque íbamos de prisa". iQué listo! Acaso se burlaba de ellos como ellos de él, o quizá se puso en evidencia.

También me agrada contar la anécdota de cierto italiano que escuchaba al rey Francisco discurrir, a la mesa, sobre la belleza y grandeza de su ciudad de Milán; y cuando cada comensal hizo su comentario, el italiano intervino admitiendo que se trataba de una ciudad muy bella, salvo por su puerto, nada valioso, pues no había galera ni navío que no corriera grave riesgo de perderse a la entrada si no se fijaba bien. El rey y toda la asamblea rompieron a reír, y el rey le dijo que él había visto y reconocido muy bien el lugar y el puerto mencionado, y le pidió que se adelantase un poco y se extendiese más sobre ello. Y el italiano sólo repuso: "Basta, señor, que ya os he hablado". El rey le preguntó qué quería decir, y el otro explicó que, como todos hablaban, él había querido hablar también, y que si hubiera dicho algo bueno y verdadero, el rey no le habría prestado atención, y por eso se le había ocurrido aquella chanza, para llamar la atención de Su Majestad, sabiendo todos que el mar estaba tan lejos de Milán como Génova.

Ocurrencia pareja tuvo un capitán de galeras que conocí, el señor de Beaulieu, muy gran amigo mío, lugarteniente de una de las galeras del difunto gran prior de Francia, de la casa de Lorena. Éste le estimaba por encima de todos sus capitanes y servidores, porque era el compañero más divertido de toda Francia, por su ingenio y ocurrencias. Y los marselleses, teniendo un asunto de gran importancia para tratar en la corte, enviaron por dos veces a los dos cónsules más sabios y selectos, los cuales volvieron como habían ido, sin lograr nada. Por ello acordaron rogar al dicho señor de

Beaulieu se encargase del negocio, y él aceptó de buena gana, pues era hombre discreto y oficioso. Después de soltar su discurso a la reina madre, que gobernaba todo por entonces, ella le dijo, riendo a carcajadas: "iPero bueno, señor de Beaulieu! ¿Los de Marsella no tenían en su ciudad un personaje más juicioso que vos para la embajada?". Él respondió: "Ciertamente, señora; pero cuando vieron que los dos que os habían enviado no habían conseguido nada, han pensado mandar a un loco, por si resultaba mejor que los más sesudos; y por eso han delegado en mí. Si tenéis la bondad, señora, de acceder a mi demanda, me daréis reputación, y de ser considerado loco, pasaré a ser tenido por muy juicioso". La reina, amante de la risa y las ocurrencias, accedió a la petición e hizo que se la despacharan. Y él volvió contento y orgulloso, siendo muy estimado por los marselleses, quienes le hicieron un buen regalo de mil escudos por su difícil misión, la cual no ocultó a la reina, a quien tanto agradó. Yo estaba entonces en la corte, y fui testigo de este entretenido suceso, porque Beaulieu era íntimo amigo mío.

Preguntaron un día a un bravo con cuántos hombres podría él combatir y salir con honor, y él dijo: "Si es hombre de bien, uno; y de bellacos, la calle llena", significando que mataría a tantos que las calles se llenarían de cadáveres y hederían de ellos. Frase adecuada y de peso, pues nada hay tan fácil como batir a cobardes.

Tomemos por lo que vale el relato de un capitán que conocí, autentico maleante donde los haya, a quien llamaban capitán Freville, bravo y valiente joven de veinticinco años, alto, de buen porte y aspecto, y que hablaba alemán tan bien como su lengua francesa, por haber vivido seis o siete años en el país. Ese capitán era muy amigo mío, y me había seguido al sitio de La Rochela y, a veces, a la corte. Cuando el rey Enrique volvió de Polonia y estuvo en Lyon, aquel capitán solía andar conmigo, y por eso me indicaron de buena fuente que le advirtiese la conveniencia de mostrarse menos, pues la justicia podría darle un mal trago. No dejé de avisarle, pero me respondió fríamente: "Señor, os lo agradezco, pero no os preocupes por mí a causa de ello, porque no hay nada, sólo me acusan de una pequeña pelea, y la justicia no podría hacerme nada". Quise conocer el asunto, y él me lo contó: "Señor, no es

nada; pero puesto que queréis saberlo, tuvo relación con un bribón mercader de Paris, que me había molestado. Lo hice espiar y supe que un día había ido a Orleans en compañía de otros cuatro o cinco comerciantes. Monté a caballo y lo seguí como pude, hasta encontrarlos cenando en Longemeau. Echo pie a tierra y dejo el caballo a mi sirviente. Subo la escalera con la pistola montada y el gatillo listo. Encuentro a mi hombre al final de la mesa, me voy a él y le digo: 'Confiésate, mercader de París, eres hombre muerto'. Le apunto con la pistola y ésta me falla; al instante pongo mano a la espada. Lo atravieso con ella y cae muerto en redondo. Noto que sus compañeros ponen cara de atacarme. Asesto a uno tal mandoble en la cabeza que se la rajo por la mitad, y él cae sin sentido en el fuego, que le remató. Al tercero le tiro una gran estocada y él se dobla sobre la mesa, ajuntar las migas allí desperdigadas; pero apenas llegó a juntarlas, porque murió. El cuarto emprendió la huida tratando de ganar la escalera, pero le atizo una gran patada en el culo y bajó más deprisa de lo que hubiera deseado, porque se rompió el cuello. Yo seco con mucha educación la espada en el mantel, echo un trago y dejo allí muertos a mis hombres. Vuelvo a bajar y paso sobre el cuerpo tirado en la escalera y, con toda tranquilidad, montado otra vez a caballo sin que nadie en la portería se me revuelva o se mueva lo más mínimo, y me pongo a salvo. Y todo eso lo hicimos mi espada y yo en un santiamén".

Oído el cuento, no pude evitar reírme, y le dije: "iCómo! ¿Llamáis a eso una nadería? iPor Dios, estáis loco si no os protegéis! Tenéis que salir de la ciudad". Me hizo caso y le facilité un buen caballo y dinero, y se salvó. De haberse demorado una hora habría sido apresado y habría estado perdido. Y os doy mi palabra de que todavía se resistía a marchar, y tuve que insistirle mucho. Así aquel joven puso a los cuatro muy enfermos, con mucha suerte para él. iVava un matón!

Un suceso semejante tuvo lugar en Milán cuando Antonio de Leyva gobernaba la ciudad en nombre del emperador Carlos. Un conde de ese lugar, a quien llamaban simplemente Claudio, fue a buscar una perdiz que su azor había perseguido un día de caza. Como la pieza se había ocultado en un sitio poco frecuentado, el conde se topó con un duelo entre cuatro soldados, que habían escogido como estacada un aprisco de ovejas y carneros, de los que usan los pastores para encerrar el ganado, a fin de obtener estiércol para las tierras. iVed, os lo ruego, qué palenque se habían buscado aquellos bravos! El conde Claudio, viendo a los cuatro en camisa y prestos a batirse dos contra dos, les rogó que, por consideración a él, lo dejaran y se reconciliasen. Los otros rehusaron, pero le admitían como juez observador de la pelea. El conde dijo que no haría tal, pues no pensaba sufrir el reproche de que en su presencia ellos se hubieran cortado el cuello. Y con las mismas echó pie a tierra empuñando la espada, para separarlos. Y los cuatro, como desesperados, se conciertan al momento, y gritan: "Matémosle, pues quiere desbaratar nuestro intento. Luego volveremos a lo nuestro, y veremos quién queda sobre el campo". Y cargaron a muerte contra él. Pero el conde, uno de los hombres más valientes del estado de Milán, los esquivó tan hábilmente y cargó contra los cuatro con tal destreza, que tres quedaron tendidos muertos; el cuarto, malherido, le pidió la vida, y él se la concedió y se fue. Este soldado contó después el lance, y yo lo oí relatar en Milán varias veces.

Son éstos privilegios de Marte, que el dios concede a quien le place. Señalaré que cuando gentes de bien están por batirse, nada les enoja tanto como la intromisión de quienes quieren separarlos. Muy a menudo han ocurrido hechos como el antes referido, que dos enemigos, o cuatro o más, se ponen de acuerdo para atacar a los señores separadores (yo he presenciado dos casos así en mi vida). Pues nada en el mundo enfurece más a un hombre animoso que ver roto su propósito de luchar.

Últimamente, en el sitio de La Fére cayeron prisioneros en una escaramuza dos soldados, uno francés y otro español. Llevados ante el rey, éste hizo saber al francés que podía contar con su sentencia de muerte, según la ordenanza dada para los franceses rebeldes contra su rey; pero que le perdonaría la vida si informaba bien. Prometido esto, el rey le preguntó de cuántos víveres disponían en la plaza. El francés le respondió que tendrían para un mes. Hizo luego la misma pregunta al español, quien informó que tenían aún para dos o tres meses. Entonces el rey dijo al francés: "serás ahorcado, por haberme mentido". El español, sagaz, cortés y pronto a salvar la vida de su compañero, dijo al rey: "Sacra Majestad, no miente; porque no hay más para los Franceses, que son grandes comilones; pero bastan para los Españoles, que viven y se sustentan de poco". Además pidieron los sitiados al cardenal de Austria que les enviara solamente sal, pues se salarian y comerían unos a otros antes que rendirse. La rodomontada no resultó muy bien, porque se rindieron con facilidad ante una honrosa y muy generosa capitulación otorgada por el rey, y mantenida luego lealmente.

Puede creerse, desde luego, que los españoles son más sobrios que los franceses. Dos soldados se encontraron una vez en una posada de Italia, y el hospedero les sirvió un plato de uvas, para disgusto del francés, que no las probó, por lo cual el español advirtió al hospedero "que los Franceses no están acostumbrados a hacer sus edificios sobre cosas redondas". El español, por su parte, come cuanto se le da y se contenta con poco cuando ha de pagarlo de su bolsa. Si le sorprendéis en su comida habitual, cumple presesentarosla y rogaros la compartáis, con estas palabras: "Señor, coma de este pedazo de tocino; que juro a Dios no hay perdiz que le valga". Pero si el condumio es a expensas de otro, comen tan bien como los franceses. También se burlan de los franceses por gastar todo en tripear y luego ir desnudos, mientras ellos "van vestidos y

ataviados como reyes". Y, en verdad, nada tan espléndido de ver como los viejos soldados de los tercios de Nápoles, de Sicilia, de Lombardía, de Cerdeña y también de La Goleta, mientras la poseyeron.

Para concluir con el tema de su sobriedad y capacidad para soportar el hambre, contaré este hecho: durante la rebelión de la ciudad de Siena, cuando fue sorprendida y tomada por nuestro Enrique II, tres soldados españoles ganaron una torre de la puerta romana y, sin perder el ánimo, resolvieron vender su vida al precio más alto posible. Y, desde luego, lucharon tan bien que el señor de Termes, principal jefe francés de aquella ocasión, fue en persona a parlamentar con ellos para que se rindiesen, ofreciéndoles buena guerra y honroso acuerdo. Y les hizo observar que llevaban cuatro o cinco días sin comer nada, encontrándose en vísperas de morir, por carecer de provisiones; y que harían bien en rendirse y tomar el partido del rey, abandonando al emperador, pues de otro modo los haría guemar o morir de hambre. Desde un ventanuco de la torre le respondió uno por los tres: "Caballeros, cualesquiera que fuereis, todos como somos besamos vuestras manos muchas veces, por el buen partido y voluntad que de librarnos de la muerte nos habéis mostrado. Y cuanto a rendirnos, y servir al rey de Francia, él es tan bueno que no le faltará quien le sirva; y nosotros tan leales al nuestro, que ningún temor de muerte nos hará variar; y no nos espanta el fuego ni cualquier otra muerte. En lo que toca a su intento, y que decís que no tenemos que comer, sabed que acá tenemos abundancia de ladrillos, y siempre que a los Españoles falta la provisión, con estos bien molidos nos sustentamos".

El señor de Termes elogió mucho sus palabras y determinación pero volvió a insistir en que considerasen su extrema situación; y ellos se lo pensaron y se rindieron, y él los tomó a discreción y los liberó y devolvió sanos y salvos. No dudéis, sin embargo, de que comieran, llevados al límite, aquellas tejas molidas, habiendo permanecido allí tanto tiempo, a tal punto soportan el hambre, entre otras virtudes militares. Y no hay duda tampoco, de que tenían intención de rendirse, porque ya no podían aguantar más; pero era preciso que antes hicieran la rodomontada y bravearan, tan

acostumbrados están a hacerlo, tanto en tiempo próspero como en la adversa fortuna. Tal es la virtud de estos hombres generosos.

En esta guerra y en la batalla de Siena, sostenida entre el señor Strozzi y el marqués de Marignano, los españoles dieron fama a Astolfo Baglion por haberse portado con gran valor, "que tan grande estrago en enemigos hacia, que no topaba hombre con su espada cortadora que a la dulzura de sus filos no dejase la vida en sus manos". También elogiaron en la misma ocasión a "un capitán León y un Espinosa, de los cuales era tanto el estrago que en los enemigos hacían, que otra cosa no hollaban sus pies, sino hombres muertos de una y otra parte".

Durante estas guerras apresaron los nuestros a un soldado español del príncipe de Parma, y le preguntó un capitán si no habría en sus banderas algún capitán animoso que supiera y quisiera, por gentileza, lanzar algún golpe de pica contra él. Y el prisionero respondió: "Si hay, juro a Dios, muchos; y mas que no hay pelos en sus barbas".

Otro fue capturado cerca de la frontera de Picardía y llevado ante el rey, vuelto del Franco Condado tras la pérdida de Cambrai. El rey le inquirió qué se contaba de él en el ejército, y el prisionero dijo: "No otra cosa, sino que por treinta mil ducados que habéis ganado en el Franco Condado, habéis perdido Cambrai". Y no faltaba a la verdad, porque si el rey no se hubiera entretenido en patrullar el Franco Condado, no hubiese perdido Cambrai, ya que su sola presencia habría desconcertado al enemigo. Desde luego cabria objetar a ello que Calais y Guines se las habían tomado en sus barbas, y es cierto; pero sería preciso escuchar las razones del rey, el cual, según cuentan, no había sido bien servido, y no quería abandonar una plaza, La Fère, conquistada finalmente con animosa resolución; pues si hubiese intentado las dos cosas habría salido bien trasquilado.

Cuando el príncipe de Parma vino a levantar el sitio de París (se lo había ordenado Felipe: "No dejéis de ir a socorrer mi ciudad de París", como dándola ya por suya), sitió Lagny para obligar a nuestro monarca a soltar su presa y atraerlo a la batalla. Pero el rey habría cometido un grave error al dejar una ciudad de tal importancia como

París por socorrer a una insignificante como Lagny, y abandonar el favorable campo donde se hallaba para ir a combatir en otro lejano. El príncipe de Parma, habiéndose enterado de que el rey le tachaba de pretencioso por alabarse de dar batalla a su gusto y querer quitarle una ciudad en sus barbas, le hizo llegar esta respuesta por un prisionero francés: "Decidle que se la tomaré, aunque fuese puesta encima de su bigote". El rey le remitió la contestación de que se lo impediría por completo, oponiéndole verdaderas montañas de hierro. Y el príncipe rebatió: "Pluguiese a Dios que fuesen de oro, que no seriamos más ricos", dando a entender que los suyos demolerían aquellas montañas de hierro, o sea, de guerreros, derrotándolos, y después volverían ricos y opulentos con los despojos.

La amenaza del rey no detuvo al príncipe, el cual ocupó la ciudad sin dar la batalla, y obligó a levantar el asedio de París, como pretendía, todo lo cual le aportó extraordinario honor. Y no menos recibió en Ruan, porque el rey, sabedor de su designio de levantar el cerco de la ciudad, le desafió diciéndole que le tendría por el mejor capitán del mundo si otra vez le forzaba a levantar el sitio sin dar batalla. EL príncipe le mandó esta escueta respuesta: "Decidle que comience a temerme por tal, pues le haré levantar el sitio sin dar batalla alguna". Habría puesto estas frases en español, pero son bien conocidas. Y volvió Parma a actuar en esta ocasión con la misma habilidad, como espero detallar en un discurso que escribiré sobre él.

Fueron éstas hazañas afortunadas y glorias incomparables. Quienes glosan las palabras del dicho príncipe, dicen que él entendía por bigote la barba usada por el rey, tan grande y caída desde los cabellos, en un estilo imitado por muchos en su reino. Pero después se la hizo cortar, y si el príncipe hubiera aludido a los mostachos de la barba, habría empleado la expresión española: "Los bigotes de sus barbas".

Los españoles se atribuyen la gloria de estas dos bellas y memorables acciones, como de todas aquellas en las que ellos forman parte de los ejércitos regios, pues su valor, disciplina militar y orden de guerra triunfan sobre todos los demás. Y les he oído alegar muchos ejemplos y entre otros las proezas de Hernán Cortés, "digno (dicen ellos, por cierto) de ser puesto entre los de la fama; el cual, con menos de mil infantes españoles y ochenta y nueve caballos, prendió dentro de su ciudad al gran rey Moctezuma, y al fin con sola la buena orden sujetó el imperio Mexicano. Y, en nuestros días, Fernando Álvarez de Toledo, aquel gran capitán y duque de Alba, con solo mil arcabuceros, y quinientos mosqueteros, y la buena disciplina y orden de guerra, rompió y degolló en Friza, a la ribera del rio Amazio, doce mil hombres con que el conde Luis de Nassau había entrado en aquella provincia.

Ellos exageran sobre este último combate, pues el duque de Alba llevaba bastantes más tropas de lo que dice la leyenda; si bien el contrario le duplicaba en número y contaba, además, con ocho o novecientos franceses, magníficos soldados que combatieron bien. Yo estaba en la corte cuando llegó la noticia del hecho al rey, quien consideró la derrota honrosa y memorable, pese a haber luchado un gran número contra unos pocos.

Es ciertamente digna de elogio su disciplina y buen orden, en lo cual recuerdan a los antiguos romanos, conquistadores del mundo por su disciplina militar y no por su abundancia de tropas. Pero, ¿cuál es la causa de tan hermoso orden y disciplina, sino el excelente mantenimiento dado por el rey de España a sus guerreros, y los altos sueldos y pagas que, aunque se hagan esperar, nunca les faltan, como faltan a nuestros soldados franceses? Porque donde corre el dinero se establece el orden, y donde falta sólo hay confusión; y he oído decir a grandes militares que ningún poder logra hoy día mantener largo tiempo un ejército en buena obediencia, disciplina y orden, excepto el rey de España, el cual lo sigue haciendo desde que el emperador, su padre, le dejó sus estados. Es tan grande y poderoso en tierras y medios, que jamás los romanos se le aproximaron. Si alquien guiere ponerlo en duda, consideremos un momento los grandes títulos que ostenta, los cuales transcribo por curiosidad: "Don Felipe, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Córdoba, de Cerdeña, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales, isla y tierra firme del Mar Océano; archiduque de Austria, duque de Borgoña, Brabante, y Milán; conde de Abspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona; señor de Vizcaya, de Génova y de Molina".

He ahí títulos cuya sola enumeración infunde miedo, sobre todo esos dos de las Indias Orientales y Occidentales. Podría objetarse que el de las Españas ya incluiría a diversos pequeños reinos nombrados por ciudades; pero se trata de buenos y grandes reinos, aunque el nombre sea de una ciudad y no de un país, como pasa con el ducado de Milán, pues, ¿Qué ducado es ése, y cuántas ciudades comprende? ¿O el reino de Nápoles? Pues otro tanto ocurre en todos los reinos y ciudades españoles citados. Dejémosle punto, por tanto, pues se trata de un gran rey, y he oído contar que los romanos nunca llegaron a poseer tanto territorio ni opulencia, cosa fácil de comprobar si se computan y miden las tierras del uno y de los otros.

Ya me he referido a la disciplina militar de los españoles, ciertamente magnífica, bien ciudad y gentilmente observada. Pero debe reconocerse otra verdad, y es que la tropa es muy fastidiosa e impertinente con la soldada, y muy presta a amotinarse por ella, aunque no lo hagan por otras razones (pues no quieren volverse sediciosas si no es con razón y deliberación). Hace mucho tiempo que tomaron tal costumbre y la han mantenido con el marqués de Pescara, con el señor de Borbón y con el duque de Alba. Y no por culpa de dichos tres capitanes, ya que éstos concedían derechos de saqueo para permitir a los soldados ser pacientes en espera de las pagas; pero ni una sola paga quería perder la tropa. Prueba de ello fue el "saco de Roma", donde se cargaron de riquezas, y aun así tuvo el papa que aportar dinero para pagarles.

Veamos el modo que tienen de amotinarse, según me han contado algunos de ellos. Comienzan a quejarse unos con otros, y después hacen correr sordamente la voz: "Motín, motín", y luego gritan muy alto: "Afuera, afuera los guzmanes. Apártense porque nos queremos amotinar". Pues a los gentilhombres y guzmanes, como los llaman (y hay muchos entre ellos) no los guieren recibir en su compañía; y éstos tampoco lo harían por todo el oro del mundo, pues quedarían deshonrados para siempre. Pese a lo cual algunos sí han llegado a participar; de ellos hablaré en otro trabajo, que aquí se haría largo y superfluo. Al percibir el rumor, los capitanes se retiran enseguida, por no poner en peligro su vida ni su honor. Se considerarían deshonrados a perpetuidad, y serian acusados si se mezclasen en tales maguinaciones. Una vez reunida una buena tropa, eligen por jefe al más hábil y avisado entre ellos, y los llaman "el elegido", el cual queda obligado a aceptar sin posibilidad de renuncia, so pena de ser pasado por las armas. Hecho esto, le obedecen como a su verdadero jefe, reservándose ellos, sin embargo, cierta libertad. Después intentan tomar por sorpresa

algunas ciudades, para utilizarlas como base, y desde ellas cometen mil desmanes, rapiñas y secuestros.

Entre los motines más señalados de que yo tengo noticia, estuvo el organizado en Sicilia siendo virrey Ferrante de Gonzaga. La primera chispa saltó en La Goleta, y podían ser unos cuatro mil los revoltosos. Pero Bernardino de Mendoza, general de las galeras de Sicilia, previendo el daño, lo remedió enseguida; pues si aquellos rebeldes se hubieran pasado a los árabes y a los moros, el emperador habría perdido La Goleta, Túnez y todo lo demás. De manera que con promesas y buenas palabras los embarcó a todos en galeras y navíos y los trasladó a Sicilia. Pero allí, esperando tocar dinero, no tocaron una moneda.

Entonces fue peor que antes, porque ocasionaron mil daños, tomaron ciudades, ocuparon los campos, despojaron y secuestraron a mansalva; en una palabra, hicieron un infierno. Habían nombrado Jefe, por unanimidad, a un tal Heredia, hombre fino, sutil y muy elocuente, un pico de oro, pues había sido en otro tiempo monje predicador, y había ahorcado los hábitos por dedicarse a las armas. Le acompañaba un cierto Mondragón, navarro, su ayudante en temas de justicia.

En resumidas cuentas, cometieron tantas fechorías y se hicieron temer de tal modo que dieron a Ferrante grandes trabajos y cuidados. De tomarlos por las armas no había ni que hablar, tan fuertes, bravos y valientes eran, y expertos en la conducción de la querra; así que se le ocurrió convencerlos con palabras suaves y grandes promesas. Y por fin, después de muchas idas y venidas, conferencias y embajadas de Álvaro de Sande, Sancho Alarcón, Alfonso Vives y, sobre todo, Juan Varga, el buen viejo a quien los amotinados querían y trataban de padre, se hizo la paz. Para concluirla y hacerla firme y estable, fue acordado y decretado que en un cierto lugar, durante la misa, todos los jefes, de una y otra parte, jurarían sobre el cuerpo de Nuestro Señor, cuando el sacerdote lo alzase, mantener la paz y no quebrarla. Llegado el momento, los diputados de Heredia levantaron muy de grado sus manos diestras, pero uno de ellos, llamado Villa Lobo, notó que don Ferrante se hacia el remolón en alzar la suya, y le gritó bien alto: "Señor virrey,

alzad la mano, si quisiereis, que es el cuerpo de Dios que aquí veis. Si no la alzáis, luego nos apartaremos del juramento y quebraremos la paz, y la guerra seguirá". iLe soltó eso a un general, y braveó a un virrey! iQué rodomontada! No fue de par a par ni de compañero a compañero, sino de inferior a superior. Tuvo Ferrante que levantar la mano al instante y poner buena cara, pero más tarde desquitó a placer. Pues habiendo separado y repartido por guarniciones a los revoltosos, hizo morir y ahorcar primero a todos los jefes y a muchos más, y a otros los hizo arrojar al mar; a tantos que se veía la costa orlada de cadáveres, hasta unos quinientos. A los restantes los confinó en las islas circunvecinas, donde la mayoría murieron de hambre, así en la isla de Lípari, que no creo haber visto nunca residencia tan miserable, donde no crecen más que alcaparros. Unos pocos fueron enviados a España para ser ignominiosamente exhibidos, de lo que algunos protestaban "que más presto los hiciesen morir, que recibir tal afrenta y vergüenza, y ser traídos al escarnio de sus parientes, y amigos y compañeros". En dos palabras, recibieron un castigo extremado.

El Consejo de España, sin embargo, vio muy mal la sanción, e incoó un proceso contra Ferrante. Me han contado algunos detalles de la defensa, que ciertamente son instructivos y fundados en algunas razones, y los incluiría aquí si no me alargaran demasiado. Espero tratarlos en otro lugar. Trasladaron al virrey una citación personal para hacerlo comparecer, pero el emperador hizo sobreseer la causa. Se ha dicho y escrito que Su Majestad encontró muy apropiado el riguroso castigo, e incluso que tachó a Ferrante de no haber hecho suficiente, pero son embustes. Yo sé, por viejos capitanes y soldados conocidos por mí en Sicilia y Nápoles, que el emperador quedó muy descontento y censuró al dicho Gonzaga, aunque dejó pasar la cosa por una vez. Y tan falso es que el emperador estuviese de acuerdo con tal castigo que, cuando vinieron a él delegados de Milán para informarle de los desmanes de unos amotinados dirigidos por su jefe Sarmiento, y advertirle por si él no daba cuenta de ellos se verían obligados a darla ellos mismos, Su Majestad se indignó mucho y les amenazó si volvían a pronunciar

tales palabras. Y aun mandó a su canciller Granvela transmitirles una reprimenda y amenazas más duras.

Y no es preciso preguntarse con qué repulsa se recibió en España el espectáculo de aquellos pobres desdichados, a quienes vio todo el mundo en tal estado, habiéndose presentado, incluso, algunos de ellos al Consejo; y qué denuestos cayeron sobre Ferrante. Pues esta nación sabe bien "echar pullas", y le llamaban "Bellaco Italiano, enemigo del nombre y valor de los Españoles, traidor, perjuro, burlador del cuerpo sagrado de Nuestro Señor, engañador de la fe y verdugo sangriento". En suma una infinidad de injurias que la ira, el despecho, la desesperación, el odio y la ofensa les traían a la boca, que yo escuché y que me callo. La conducta del virrey no habría sido tan execrable, indican algunos, si a las tropas las hubiera diezmado, ejecutando a algunos culpables y reenviando a los demás contra los turcos, como había hecho el Marqués de Vasto con los amotinados del ducado de Milán y su jefe Sarmiento, a quienes mandó, en número de hasta tres mil, a Dalmacia, a Cátaro y a Castelnuovo, donde perecieron todos, al filo de la espada o en las galeras de Barbarroja. Purgaron así los desmanes cometidos durante la rebelión gran número de enemigos. dieron muerte, también a Probablemente los de Ferrante habrían hecho igual o mejor y, haciendo morir a muchos turcos, habrían dejado menos enemigos.

Desde Luego, no hay necesidad de tanto rigor y crueldad en tales justicias, porque hombres como ellos, una vez perdonados y llevados a reconocer su falta, la reparan y hacen buenos servicios. Yo no podría alegar mejor ejemplo que el de los amotinados en la ciudad de Alost, en Flandes, que por sí solos socorrieron tan eficaz y valerosamente la ciudad de Amberes, asediada por los Estados, de lo que hablo en otro lugar. Y en otros muchos lugares se portaron excelentemente tras haberse reconciliado; a gusto me extendería en tales casos, si no se hiciera demasiado largo.

Sólo quisiera que algún gran doctor me aclarase si mostró mucha conciencia el dicho Ferrante con aquel juramento prestado y roto; prestado, según se ha dicho, con la boca y no con el corazón; que me aclarase si tal cosa es admisible en la presencia y a la vista del cuerpo de Nuestro Señor, y si no es ofenderlo, defraudando así su

sacramento y su misterio. En cuanto al honor, hay tantas razones a favor y en contra, que dejaré discurrir sobre ello a los grandes capitanes y más gentiles caballeros que yo. Con todo, en mi opinión no debe tratarse con tanta severidad a unos pobres soldados, aunque cometan los citados delitos y otros. Pues son ellos quienes batallan por los jefes y compran con su sangre las victorias, cuyo honor y provecho redunda en favor de los jefes.

Bien supo entenderlo Escipión en España frente a los que se amotinaron contra él y, no contentos con rebelarse, usurparon la autoridad y enseña de cónsules, a instancias de sus soldados. Pero sólo los jefes y algunos soldados fueron ejecutados, mientras los demás perdonados, rindiendo después magníficos servicios a Escipión y a la Republica Romana. Aquellos grandes castigadores de sediciones, me parece, querrían que los soldados hiciesen de piedras pan, como quiso el diablo que hiciese Jesucristo en el desierto. Pero siendo irrealizables esos milagros, la tropa debe vivir, y sólo puede vivir si recibe sus pagas o se dedica al bandidaje. Y si no se les permite el bandolerismo pero se les retiene el sueldo, ¿qué se quiere que hagan? Los grandes capitanes y generales de los ejércitos han de tener mucho miramiento con los castigos, porque en ellos se compromete su conciencia. Y corto aquí, por ser mi discurso ya largo en exceso, y quizá pesado para algunos.

Uno de estos años pasados, cuando nuestro rey ocupó París de la manera sabida por todo el mundo, los españoles de la guarnición (algunos los llamaban napolitanos, pero había tanto de unos como de otros) quedaron muy sorprendidos, pero resolvieron luchar como hombres animosos y valientes. Puestos ya en orden de combate, recibieron recado del rey de no aprestarse a luchar, pues en tal caso estaban perdidos; pero que si se mostraban razonables, él les haría tan buena y honrosa guerra que quedarían contentos, pues les concedería salvar las vidas y bienes, y retirarse como gentes de guerra, todos juntos y en conducción segura. El maestre de campo y otros capitanes, admirados de la generosidad de nuestro rey, comentaron: "Mira aquel rey valeroso, el cual no se contenta de vencer a los hombres con las armas, sino que también los vence y gana con toda cortesía y gentileza". Y así, aceptaron el trato. Según

se retiraban desfilando por la ciudad, el rey quiso verlos pasar, y vinieron a saludarle los capitanes con grandes reverencias, y los soldados a la gentil manera que tan bien saben. El rey les correspondió dentro del respeto de su regia grandeza, y los hizo conducir en seguro al lugar de su retirada. Y ellos cantaron las alabanzas de aquel gran rey, y no sin razón, porque si él hubiese querido ser cruel, habría podido destrozarlos.

Palabras semejantes dijeron los pobres españoles que quedaron ante Metz al levantarse el asedio, agradecidos al duque de Guisa. Pues se hallaban en estado miserable, enfermos y muriendo de frío y de hambre, pero Guisa los hizo retirar, alojar, sustentar y curar de manera que muchos escaparon a la muerte, y luego los hizo conducir sanos y salvos a Theonville. Se extendieron ellos en encomiar al duque, como era natural, y entre otras de sus buenas frases cito ésta, de gran peso, por más que concisa: "Que era justo enemigo y piadoso vencedor".

No emuló Guisa la conducta de los españoles con nuestros franceses y lansquenetes dejados ante Pamplona cuando el señor de Angulema, el rey Juan de Navarra y el señor de La Palise levantaron el asedio. A aquellos prisioneros les hicieron jurar y prometer los españoles que "si sanasen, de no recibir más sueldo del rey de Francia, ya que contra la Iglesia se mostraba. A los que esto creían y prometían daban el Corpus Domini, y los otros sacramentos de la madre santa Iglesia y, si morían, eclesiástica sepultura. Los que eran interrogados por sus confesores que no querían reconciliarse, los dejaban morir allá; y si morían, como Moros los enterraban; porque tal era la intención y la bula del papa Julio". ¡Qué bula tan oportuna! Los españoles se justificaban con ella, pero me han contado varios viejos gentilhombres que ni los franceses ni los lansquenetes, confesos o no confesos, fueron perdonados, y que les daban estacazos como Fray Jean des Entommures, en Rabelais, atizaba a quienes le "vendimiaban" sus uvas.

El señor de Guisa no obró así, sino que a los lansquenetes y otros alemanes presos y poco adictos a la fe, los hizo socorrer como a los buenos cristianos católicos, aunque con menos afecto. Se remitió a la voluntad de Dios y no quiso adquirir fama de hombre cruel y

bárbaro, puesto que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Yo me remito a lo que sobre ello diría un gran teólogo.

Después de la última guerra de Granada, dirigida y completada por don Juan de Austria, nos encontramos casualmente corriendo la posta, un militar español y yo; él venía de España para Flandes y yo de la corte a mi casa. Conversamos largamente de aquella guerra, y a fe que se explayó sobre ella, y sobre todo me ensalzó a Don Juan hasta el tercer cielo, llamándole, para empezar, "sepultura de los paganos; y que sus obras y valentías más querían ser vistas para ser creídas, que no contadas".

Últimamente, cuando la capitulación de Amiens, uno de los delegados del interior, español, habiendo encontrado a Su Majestad en unas ruinas, donde le esperaba para tratar la rendición, quiso mostrarse oficioso y preocupado de la vida del rey, diciendo: "El rey no está aquí bien seguro de los cañonazos". Y el aludido, que le oyó, le replicó: "El rey está aquí más seguro de lo que estáis vos en Amiens". Después, al empezar las conversaciones pidieron en primer lugar que no fuese rota ni demolida la sepultura de don Hernandillo. El rey replicó gentilmente: "Es de razón que la sepultura de don Hernandillo sea demolida y rota, pues él hizo romper y demoler las murallas de mi ciudad de Amiens". Ellos pidieron a continuación "el saco de la villa", demanda ciertamente irrazonable e impúdica, y más hecha a un rey de tal categoría. Éste respondió con enfado: "iCómo! ¿Pedís un sagueo que ya habéis realizado hace tiempo?". Ellos juraron no haberlo hecho nunca, a lo cual repuso el monarca con dureza: "Pues no ha habido saqueo en mi ausencia, según decís, ¿iba a permitir yo que lo hubiera en mi presencia?". Menciono estas tres salidas, no por ser buenas las del español, ni tampoco bravuconadas, excepto la última, sino por las réplicas de nuestro rey, que es, donde los haya, hombre sutil en agudezas y réplicas gentiles y cortantes. Espero recoger unas cuantas en vida suya. En fin, la capitulación fue concluida, dejando bien a salvo el honor de nuestro rey, pues tenía a sus enemigos con la soga al cuello, al haberles fallado el socorro del cardenal de Austria; pero se mostró generoso y misericordioso con ellos.

## XII

Conviene que cuente, para terminar, algunas fanfarronadas de damas.

Cuando la reina viajó a Bayona sólo llevó, entre sus damas francesas, a una española, Magdalena de Girón, hija de la condesa de Irach y dama de honor de dicha reina. Llevó también a su servidora Sofonisba, italiana, señorita cremonesa, bella, honesta y dulce, llena de virtudes y que descollaba en pintar y retratar al natural. Las demás jóvenes españolas sintieron mucho disgusto por no asistir a fiesta tal y tan hermosa. Y, desde luego, hubieran engalanado la corte, porque las había bellas, entre otras Leonor de Toledo, que habría llegado a eclipsar a la citada Magdalena de Girón, la cual estaba muy a gusto con la ausencia de su rival. No especularé sobre las causas de la ausencia de estas bellas jóvenes, porque no viene a cuento.

Magdalena apareció entonces muy bella: era muy arrogante y engreída. Hablaba yo un día de ella y de su belleza con cierto caballero español, y él comentó con cierto desdén y despecho: "Dejadla, señor. Juro a Dios que es tan brava y orgullosa por su beldad, que si el cielo se rebajase, y se arrodillase a sus pies, no dignaría decirle que se levantase y se volviese a su lugar". Mucha arrogancia, en verdad, y divertida la imagen del cielo descendiendo para humillarse ante ella.

Tales palabras casi recuerdan las pronunciadas por los bravos caballeros franceses idos a Hungría a apoyar a los húngaros contra los turcos, dirigidos por el valiente Juan de Borgoña y por el mariscal Bouciquaut. Aquellos caballeros, demasiado ardorosos, se jactaban en exceso y pregonaban por doquier que sus lanzas se bastaban no sólo para desbaratar al turco, sino para detener el cielo y sostenerlo en el aire, si el cielo pretendiese bajar sobre ellos para hacerles la guerra. Pero tuvieron la desdicha de que su rodomontada no se cumpliera porque, sin necesidad de luchar contra el cielo, fueron

totalmente destrozados por los hombres, como se lee en las "Crónicas francesas".

Cito también con gusto a un capitán español que, yendo a combatir, animaba a sus soldados y encomiaba así sus fuerzas: "Voto a Dios, que si el cielo cayese, le hemos de tener con los brazos". Habría quedado él como un segundo Atlas, sostenedor del cielo en sus hombros, imenudo peso! Aunque he oído contar a un viejo filósofo meditador que el aire es muy ligero y que el cielo, al participar del aire, también lo es.

Corto aquí, no sea que por volar muy alto vaya a caer como Ícaro; porque el tema me es tan ajeno y desconocido como el alto alemán, y tampoco aspiro a aprenderlo ni aprender la ciencia, pues dudo que mi débil y poco capaz cerebro llegase a conseguirlo.

Volviendo a la bella Magdalena de Girón, ella no era, pese a su altivez, demasiada enemiga del amor, y no rechazaba en absoluta ser servida (ninguna bella y gentil dama debe rechazar tal cosa) por varios caballeros, y sobre todo por el señor D'Anville, hoy condestable y entonces joven y valiente señor, que la sirvió con mucha discreción mientras duró el viaje, y ostentaba a la sazón los colores amarillo y castaño. Ocurrió por aquellos días que, en la procesión del santo sacramento, ella dio un paso en falso, y un gentilhombre francés muy honrado y galante se le acercó enseguida para ayudarla a erguirse. Ella lo despidió con bastante desdén y aspereza, exclamando: "iJesús! Y cual indiscreción de Francés". Muy despreciativa y vanidosa se mostró, devolviendo mal por bien y pagando la cortesía con descortesía. El gentilhombre le hubiera devuelto el desplante, pero no se atrevió, por respeto a la reina. Ésta supo el caso, y reconvino a la dama.

Al cabo de un tiempo ella se casó con un gran señor de España, cuyo hombre he olvidado, y que fue virrey en las Indias. Cuando fue al encuentro de su marido en la flota ordinaria, su nave y otras dos se desviaron hacia la isla de Santo Domingo; y se hallaba por el lugar u gentilhombre francés llamado señor de Landeau, de buena casa y valiente hombre de mar, el cual había armado unos barcos para ir en corso y buscar aventuras. Landeau estuvo a punto de apresar el barco de la dama, llegando a cañonearlo, pero vinieron

otros barcos españoles en socorro y persiguieron al corsario. Sin aquella ayuda, él habría capturado a la señora, según nos contó a su vuelta el señor de Strozzi, y de haberla apresado, decía, le habría hecho buena guerra y un honroso trato, pero le habría hecho pagar el tributo por su antigua arrogancia.

Por cierto que hay en España damas tan arrogantes como hombres y caballeros: lo da el aire del país. Y algunos son aficionados a cortejar a mujeres y chicas de tal humor, a quienes llaman "bravas y fieras como toros". Se dice, así, que cada cual ama a su semejante. Si logran la victoria, tanto más preciada resulta, y si se es vencido, no es menor la gloria; así lo exhibía un galante caballero llevando por divisa una rama de laurel con estas palabras: "Los unos le han traído por ser vencedor; yo, por ser vencido". Así tales bravos se complacen en su gloria y gusto por las damas altivas y generosas.

En España escuche a veces una vieja y gentil canción, llamada allí romance, en que una dama se lamentaba y afligía por su marido, prisionero en Inglaterra y por no poder recuperarlo por rescate ni de otra forma. Así que ella escribió de su propia mano una carta al rey de Inglaterra, ordenándole que le devolviera al marino, sano, salvo y sin peligro; pues si no, ella le haría la guerra, y amenazaba con hacérsela muy cruel, por mar y por tierra, "que si me falta capitán, yo misma llevaré la bandera, e iré a ponerla hasta las puertas de Londres; y también, si me falta cañonero, yo misma daré fuego a la artillería; si que dirá toda la gente: 'iJesús, que mujer guerrera!'''. La canción es muy bonita, y agradable u música. Ahí tenemos una brava guerrera, segunda Marfisa o Bradamante,

Aquella dama superaba en valor a otra que indujo a un caballero, con palabras ciertamente generosas, a batirse con otro que la había ofendido: "Bien creo yo, gentil caballero, que no os faltará virtud para otorgar mi ruego, así como os sobra bondad y valor para lograr la victoria de su persona". Gentiles palabras, desde luego, tanto para el ruego como para el halago.

Una bella muchacha española se casó y quedó enseguida embarazada. Pero antes de casarse se había mostrado muy altiva y desdeñosa del matrimonio, afirmando "que no quería ser sujeta a

ninguno, según el valor y gloria de su persona" y que, por más que se viera obligada, se empeñaría con todas sus fuerzas en que su marido tardase lo más posible en arrancarle la doncellez. Y como su jactancia no se correspondió con los hechos, se volvió esquiva y vergonzosa, haciendo lo posible por ocultar su preñez, no mostrándola hasta que ya no pudo evitarlo. Apercibiéndose de lo cual un caballero que la había cortejado de soltera, aprovechó la hacerle burla diciéndole: "que no para avergonzada, porque todos bien saben que de semejantes luchas siempre resultan tales caídas; y por eso no se maravillaban si estaba avergonzada, porque en aquel caso ella era novicia, y que sentía en sí unos mandamientos nunca por ella sentidos; y tales que, aunque su esfuerzo, virtud y gloria fuese grande, no bastaría para resistir a las inclinaciones de la naturaleza, pues era mujer". El caballero dio en el clavo de la vanidad, jactancia y guarda de la doncellez, y de la fragilidad de su sexo, sobre lo cual las damas no debieran presumir ni enorqullecerse tanto.

Estaba presente en la ocasión una compañera, todavía soltera, de aquella dama, y quiso defenderla y de paso reírse un poco de ella, diciéndole: "¿Cómo es posible, señora, que su generosa virtud, esfuerzo y ánimo soberbio no os excusaron de ser herida de llaga que tantos desmayos os causa? Quiera Dios que no sea mortal, como yo creo que no será, porque jamás de estas heridas no murió ninguna doncella". A lo cual el caballero, desviando la puntería, preguntó: "¡Ha! Señora, vos, que eso certificáis, ¿lo habéis provocado?...". Y respondió ella: "Guárdeme Dios de este estrecho. No, señor; mas lo he oído certificar a personas de gran crédito". Tampoco era imprescindible invocar de testigos a personas de gran crédito pues, por mucho que el estrecho sea tan peligroso como el de Gibraltar, algunas lo cruzar sin peligro y otras no.

Una dama perdió a su amigo, al cual había conocido recientemente y conservado poco tiempo, porque enseguida lo habían matado en una guerra. Y al enterarse de la noticia se lamentaba: "iAh! señor caballero, que no tan tarde me conocisteis, muy temprano me perdéis". Otro caballero, viéndola tan dolorida,

comentó a otro: "El tiempo cura las cosas, y no hay grave dolor andando el tiempo no se disminuya".

Pidió una dama a un caballero el libro *La Celestina*, y él le salió con este sarcasmo: "iPor Dios, señora, que me espanta Vuestra merced! Teniendo en casa el original, pedir la copia". Buena salida.

Los españoles son muy sutiles en soltar pullas y pinchar con gracia, a lo que llaman "motejar" o "golpear". Un día de feria tres chicas, hermanas y muy morenas, pidieron a un caballero que les prestase un ducado para comprar algo, ya que ellas no llevaban dinero encima. Él contestó que lo sentía mucho, pero que tampoco llevaba dinero en aquel momento. Se extrañaron ellas: "iComo, un hombre tan honrado no tener un ducado!". Dijo él: "iPor qué no, cuerpo de tal! Pues entre vosotras tres no hay una blanca". No es mala la indirecta, porque una blanca es una moneda de España, y con ella aludía a las tres, por su color.

Un médico español había recibido algún desaire de una dama viuda, y encargó un día a un tratante, en presencia de ella, que le encontrase una mula viuda. El chalán se extraño: "iComo, cuerpo de tal! ¿Os burláis de mí, señor doctor? Nunca fue una mula viuda". Repuso el médico: "Digo yo que tenga tres condiciones de una viuda; que sea gorda, andadora y comedora".

Según dicen, las viudas, al menos algunas, tienen esas tres condiciones. En cuanto a la buena marcha y al buen comer, remito a quienes hayan hecho la prueba y tomado nota. En relación con la tercera, sé que muchas personas, incluso de gran autoridad e ingenio, sostienen la opinión de que la mujer, tan pronto enviuda, se pone rolliza y de buen ver. Yo también he notado el fenómeno, del cual me maravillo. Pues algunas mujeres he conocido flacas, secas, extenuadas y cadavéricas en manos de sus maridos, pero, apenas viudas, se recuperaban al momento, como un caballo flaco y languideciente soltado en un buen pasto, que enseguida se repone. De suerte que vale como proverbio que quien quiera cebar a una mujer casada, la haga viuda, pues ningún pienso mejor puede darle. Y no es que los maridos las priven del trato y manutención necesarias, según sus aptitudes y capacidad, pero diríase que en vida de sus maridos nunca encuentran las cosas tan buenas como

cuando enviudan y pueden tomarlas por sí mismas y a voluntad. De buena gana pediría a un buen médico una explicación del caso, aunque quizás me remitiese al apólogo del asno y el caballo, de Rabelais, y a su parlamento sobre parejo asunto, donde el señor asno concluye que no hay como la libertad de los campos y poder escoger el pasto a voluntad y hacer algo más que un oso decir, sin ninguna sujeción, por mucho que en el estado pueda uno hartarse hasta reventar.

Un caballero cortejaba a una mujer de edad, pero todavía bella y apetecible. Le dijo ella: "¿Y como, señor, me habla Vuestra Señoría de esta cosa a mis completas?". Respondió el otro: "Señora, sus completas valen más que las horas de prima de cualquier otra", jugando gentilmente con la idea del atardecer y de la mañana. Acerca del tema he escrito un bonito discurso. ¿Y cuántas damas de edad no habrá tan bellas y deseables como las jóvenes? Viejos, en cambio, ninguno hubo guapo ni apetecible para las damas, si bien podría valer el juego de palabras que un viejo caballero hizo a una bella dama, ofreciéndole su servicio, y que ella aceptó. La mujer se llamaba "madame de La Torre", y él le dijo: "Tal torre tiene menester de una barba cana". Buena alusión, porque una barbacana es una especie de fortificación y también una barba blanca.

Agudeza similar fue la que tuvo un caballero con una bella y honesta dama, la cual, pese a haberse casado con un hombre feo y sucio, no se afeaba, sino que se ponía más bella cada día. El caballero salió con esta gracia: "que no había visto jamás fruta en tal cesto que tanto durase sin podrirse". He conocido a muchas mujeres de esa naturaleza, cuya belleza no se estropeaba ni corrompía con la frecuencia de maridos feos, sucios y desabridos.

Y concluyamos felizmente hablando de tres bellas y honestas princesas.

En aquel viaje y entrevista de Bayona del que ya hablé, estuvo presente la señora de Guisa, hoy señora de Nemours. Llegó recién viuda, hermosa y de buen porte, pues si en su edad joven ninguna otra la había superado, en su otoño conservaba una bella apariencia, al punto de que, aun siendo mucho mayor que Magdalena de Girón, la eclipsó, aunque ésta pensase lo contrario. En efecto, algunos

frutos de otoño resultan tan o más bellos que los de verano. Y estaba ella un día en la cámara de la reina, cuando un caballero español de buena disposición y modales me pregunto: "Señor, ¿quién es esta linda dama vestida de luto?" "Señor –le contesté—, es madame de Guisa, mujer de aquel gran capitán monsieur de Guisa." "¿Es madame de Guisa? —dijo él— Válgame Dios, que linda dama es, iy de muy brava y alta guisa!". Ésta es una antigua palabra de los viejos romanos, que corresponde muy bien con el nombre de Guisa. Y aquél continuó sus elogios: "¡Vive Dios! Que bravo traje tiene, y que es bien tallada, y de linda catadura". Y volvió a preguntarme: "¿Es tan buena católica y enemiga de los luteranos, como su marido?" "Sí, señor –le contesté—, y aun más, porque los luteranos le han matado".

Inquirió aun si tenía hijos tan hermosos como ella, y le dije que sí, mostrándole a su hijo el señor de Guisa e informándole de que tenía otros dos estudiando en París, y los dos comparables. Y él meditó un instante, y mirando a la hermosa mujer con admiración, exclamó en bajo: "iOh, bien aventurado capitán, que tantos enemigos de Dios combatisteis y matasteis en campos y villas! iOh, bien aventurado, otra vez, y más, que con tantos asaltos luchasteis y vencisteis esta linda dama en las camas y pabellones!". Y hablaba con cierto despecho amoroso, como con celos de no haber podido participar en tan bella aventura.

Y, en verdad, creo que no existe tan gran pesadumbre ni despecho para un enamorado de una bella dama como cuando piensa que su marido u otro la gozan, y él sólo lo hace con el humo del festín o con la imaginación. He oído sostener esta opinión a un príncipe muy grande y bravo, ya fallecido, quien me contaba un día en privado que si él fue rey, sólo sería tirano en una cosa; que mantendría con exactitud la justicia y haría observar estrictamente sus edictos y ordenanzas, y no perjudicaría a nadie; que trataría con cariño a sus nobles y, sobre todo, no exprimiría al pueblo con impuestos, tributos ni subsidios excesivos. Pero sería un tirano en algo: si se prendaba de la mujer de un súbdito, grande o pequeño, perdería todo respeto e impondría su deseo, y necesariamente había de disfrutar de ella, de buen o mal grado, por amor o por la fuerza. Empezaría

intentando todas las vías de la dulzura y del amor, pero si el cortejo se hacía largo y fastidioso, actuaria con imposición y diligencia, "porque bien halagada –decía él– tenía que sentirse por disfrutar de la intimidad de un bravo rey, y el marido de ser camarada de éste; y él beneficiaría mucho a los dos, y les otorgaría buenos títulos, sin serles jamás ingrato ni, sobre todo, dar pie al escándalo". Creo no haber cambiado apenas sus palabras, referidas a un punto de interés e importancia, en el cual bien valdría la pena ejercer la tiranía.

La reina de España, en servicio de la cual fue organizado el viaje y encuentro de Bayona, era también muy bella, y todos los franceses que la habían visto de soltera admiraban su hermosura, porte y majestad, por más que todo eso le viniera de nacimiento; pero la edad y el tiempo suelen mejorar las cosas, como también empeorarlas. Conversaba yo en una ocasión con un muy honrado caballero español (muchos de ellos buscaban mi compañía, tanto por conocerme de la corte de España, dejada por mí apenas seis meses antes, como porque yo hablaba bien su lengua) y, alabando los dos a la reina, me decía estas palabras, ciertamente elevadas: "Que de veras, tan principal reina, y tan cumplida, parecía ser antes la creación del mundo casi escondida y cerrada en el pensamiento de Dios, hasta que fuese su divina voluntad que se juntase por santo matrimonio con el rey don Felipe; que siendo por sus buenos hados tan grande, tan poderoso rey, y casi tocando el cielo con la mano de su grandeza y pujanza, era menester, y no de otro modo, que no esposase sino aquella que, por su gran hermosura, su honrada majestad, y sus virtudes claras y nobles, semejaba más divina y celeste que humana". Buena loa de su rey y de su reina. De la reina más largamente en un discurso que tengo hecho expresamente sobre ella.

Ahora bien, si la reina de España ha sido tan ensalzada por sus súbditos, no sólo con estas palabras sino con un millón de palabras más (la querían mucho, casi la adoraban, como dije en otro lugar), su tercera hermana, la reina de Navarra, no ha despertado menos admiración en ellos cuando la conocieron. Con todo, la menor pasaba un poco por delante de la mayor, tal como a veces en el boscaje un joven arbolillo se alza con sus bellas ramas sobre otro

más viejo. Pero ambas eran de gran hermosura, si bien cada una con un estilo diferente.

Sepamos, pues, que cuando la reina de Navarra viajó a los baños de Spa, pasó por Namur, como he expuesto en otro lugar, donde fue honorablemente recibida por don Juan de Austria, y admirada por los capitanes españoles. De allí a poco encontré en Paris, en el palacio, aun capitán español, el cual, a mi pregunta, contestó que la había visto allí, "y que por ser extremada de beldad y buenas gracias, había más prisa, cuando salía fuera, por mirarla, que no a beber agua de los baños; y que por el arte de su hermosura cautivaba a las personas con la fama, y aun muy mejor con su presencia: porque mostraba su hermosura entre las otras damas, como el sol entre las estrellas. De sus otras ilustres y claras virtudes no hablo yo, pues, por ser tan hermosa, ninguna cosa le falta".

Encontré en otra ocasión en el Louvre a un capitán español en viaje de España a Flandes, el cual se fijó en mí por haberme notado ciertos modales españoles, como me dijo luego, y me rogó que le condujese a la gran sala de baile que ese día lucía con gran magnificencia. Sólo quería ver a la bella reina de Navarra, "cuya fama volaba por todo el mundo", aseguró. Le hice pasar conmigo, y él, durante el baile, no dijo palabra ni hizo otro gesto que contemplar a la reina sin apartar de ella los ojos; me di cuenta y no quise apartarlo de su afición. Terminado el baile, le pregunté: "¿Y, pues, señor, que os parece nuestra reina de Navarra?". "¿Qué me parece, señor? -me respondió-. Juro a Dios, me parece tal, que si estuviese en nuestra corte de Madrid, como está en ésta, el camino sería tan poblado, para visitar y mirarla, que parecería un camino de romería, donde muchos perdones se ganan; que aunque señalado camino no hubiera, solamente bastaría de seguir el hilo de la gente, para mirar y adorarla, como reina de la tierra y generala de todas las otras reinas y damas las más señaladas de la Europa, y pregonarla tal con justo y honrado título, por su divina beldad, real majestad, y buenas gracias".

Tenía razón en hablar así aquel hombre honrado, pues yo creo que nunca se ha visto princesa más bella en el mundo. Puedo hablar de ello con conocimiento, porque he conocido muchas princesas en Francia y en países extranjeros donde se cultiva la belleza, Sólo le falta una cosa, ya que no es tan feliz como lo requieren sus méritos y desean sus más devotos servidores. No puedo conjeturar otra razón sino que el cielo no quiere, como si estuviera celoso, que ella depende de otro que de él, por más que la reina no se cuide nada de las grandezas del mundo, tan buscadas por todos y por todas. Y las desdeña por una hermosa razón que me hizo el honor de contarme no hace mucho, y es que no podía ambicionar grandeza más alta que la de su nacimiento, pues procedía de tan grande raza de reyes. De ella puede decirse que es hoy la única que queda de la casa más grande del mundo, pues no hay reino, imperio ni monarquía capaz de hacerla más grande de lo que es. La ambición conviene a las princesas que le son muy inferiores, pero ella se contenta con su posición, siendo imposible volar más alto de lo que le permiten las hermosas y amplias alas de su noble casa, con sus virtudes y cualidades capaces de transportarla hasta el mismo cielo, cuando ella guisiera dejarse llevar de aquellas.

Concluyamos, pues, con este bello final, porque el discurso ha resultado muy amplio y prolongado.